

JULIO DE 1914

*Comunicación del académico de número Dr. Vicente Massot,
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 23 de julio de 2014*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar) en el mes de octubre de 2014.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2013 / 2014**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. RODOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protesorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín

ACADÉMICO EMÉRITO

Dr. Carlos María BIDEGAIN

JULIO DE 1914

Por el académico DR. VICENTE MASSOT

Que el conocimiento histórico se halla directamente vinculado al *porqué* de que, en tal momento, sucedieran ciertos hechos lo sabe cualquiera. También que si el abordaje del pasado sólo se vinculase con las causas, resultaría incompleto. En este orden de cosas, la explicación de por qué estalló la Primera Guerra Mundial debe acompañarse con el análisis de *cómo* ocurrió. Las *causas* y la *secuencia de los acontecimientos* no son iguales en términos estrictos, pero representan las caras de una misma moneda. Si de causas se trata, fuera menester desandar la historia, hasta por lo menos, medio siglo antes o más, para explicar el asesinato de Sarajevo. En cambio, clavar los puntales de la crítica en el *cómo*, supone un abordaje al tema desde un ángulo diferente. En uno y otro caso, a veces con plena conciencia y a veces de manera inadvertida, el historiador asume el papel de Heleno, aquel personaje de La Ilíada, hijo de Príamo y de Hécuba, cuya característica excluyente residía en su facultad de predecir no el futuro, como Casandra, sino el pasado.

Procesar hacia atrás los hechos históricos con el propósito de hallar las causas de determinado fenómeno político; proceso

revolucionario; quiebre social; renacimiento religioso o estallido bélico, solo se entiende a condición de evitar dos riesgos: no quedar enredados en una telaraña de conceptos preestablecidos o de teorías que poco, si acaso algún lugar, le dejan a la casualidad y a la contingencia, y reconocer que, a veces, los *porqué*, aun si existen, resultan imposibles de detectar. A su vez, explicar el atentado que le costó la vida al archiduque Francisco Fernando con arreglo a una descripción pormenorizada del hecho en sí, dándole prioridad, en el orden analítico, a cómo prosperó el complot y cómo unos pasos siguieron a otros, no significa que los acontecimientos reseñados debieron darse de esa manera. Apuntar al *cómo* lleva implícita la obligación de no atar el relato a una cadena de decisiones personales o de fuerzas estructurales capaces de explicar la o las razones en virtud de las cuales Austria obró *necesariamente* de tal forma y Serbia de tal otra. Vayamos, pues, a cuentas.

El magnicidio

Sarajevo fue el disparador. Si nadie hubiese reparado en el heredero del trono austrohúngaro o el complot de la *Mano Negra* hubiera fracasado, en agosto de 1914 los cañones y los fusiles no habrían tronado, las trincheras no habrían sido cavadas y las movilizaciones de tropas habrían conservado la condición de partes fundamentales de los distintos planes estratégicos tejidos por los estados mayores de la época. Nada más. Sin embargo, Francisco Fernando fue muerto y eso gatilló primero una crisis y recién después una contienda que, hasta ese instante, era tan posible como poco probable. El domingo 28 de junio el heredero del trono imperial austrohúngaro –a la sazón inspector general de las fuerzas armadas de la corona bicéfal– recorrió esa ciudad en el marco de unas maniobras militares que dos cuerpos de ejército acababan

de desarrollar alrededor de la zona montañosa de Tarcin, a pocos kilómetros de la capital de la provincia de Bosnia-Herzegovina. El punto de inflexión que produjo en los Balcanes su asesinato –producto del inaudito desafío enderezado por el nacionalismo serbio a Viena– no desató la guerra de inmediato. Andando las semanas, una cadena de errores de cálculo la harían inevitable.

La planificación forjada a instancias del mencionado grupo terrorista resultó de una chapucería inconcebible y solo tuvo éxito de casualidad, merced a la laxitud de las medidas de seguridad adoptadas por los austríacos, y a su desatención del lugar y de la fecha elegidos para la visita real. Era el día patrio de los serbios que conmemoraban la batalla, librada en Kosovo, a finales del siglo XIV. Dos cosas sucedieron entonces: sus tropas fueron desechas por el ejército turco y, al mismo tiempo, uno de los caballeros del reino, Milos Obilic, ultimó al sultán Murad I. La derrota –por curioso que parezca– quedó transformada en un hito emblemático de la nacionalidad, de donde no se requería demasiada ciencia para sospechar que el viaje del archiduque podía parecer –aun cuando no fue ese su propósito– una provocación.

Cuatro años antes había visitado Sarajevo el emperador y, en semejante ocasión, dos filas de soldados, apostadas a lo largo de la ruta, custodiaron la ruta que Francisco José siguió sin problemas. En 1914, el jefe de policía de la localidad, Edmundo Gerde, solo contaba con 120 agentes y seis detectives para cubrir un trayecto de casi cuatro millas. A sabiendas de que la cantidad de efectivos a su cargo era irrisoria, le pidió al gobernador militar de Bosnia-Herzegovina, general Oskar Potiorek, el envío de más soldados para acordonar la ruta. El jefe castrense le contestó que no podía satisfacer sus deseos en razón de que, luego de las maniobras realizadas, sus uniformes estaban sucios. Esto sin contar la inconcebible decisión del alcalde de la ciudad, en contra de la demanda de Gerde, de hacer público cinco días antes de la visita, a nivel de detalle, el derrotero del ilustre visitante.

Siete miembros de la *Mano Negra* se apostaron en diferentes lugares del trayecto a los efectos de consumir su propósito. Habían sido escogidos por los jefes de esa organización y entrenados de manera rudimentaria. Llevaban consigo cuatro pistolas *Browning* y seis bombas no demasiado sofisticadas, provistas por el arsenal del Estado serbio, sito en Kragujevac. No eran ni eximios tiradores ni tampoco expertos en el manejo de explosivos. El asesinato, tal cual había sido pensado, fracasó en primera instancia y solo prosperó más tarde en razón de tres hechos absolutamente casuales: el orgullo del archiduque que pudo más que su cordura—de lo contrario, después de fallar los conspiradores, se hubiera marchado de regreso a Viena—; la equivocación del chofer que no debió haber tomado esa ruta ni detenerse, dándole así al terrorista la posibilidad que, de otra forma, no hubiera tenido; y la ubicación de Gavrilo Princip que quedó a tiro del convertible *Gräf & Stift*, en el cual se movilizaban Francisco Fernando y Sofía, su mujer.

Qué tanto sabían

El atentado, en realidad, fue una iniciativa del joven Gavrilo Princip, temeroso—según sus propias palabras— de que “el futuro soberano pudiera prevenir nuestra unión al llevar adelante determinadas reformas”. La *Mano Negra*, luego tomó la idea, la hizo propia y optó por darle curso. El dato no es de menor importancia. Revela que ni esa logia secreta—inocultablemente ligada con parte del gobierno de Belgrado— ni la Monarquía de Pedro I pensaban asesinar al archiduque con el objeto de poner a los Balcanes y a Europa en los umbrales de una guerra. Aunque, eso sí, haberlo ejecutado habla a las claras del extremo al cual estaba decidida a llegar, en su odio al Imperio Austro-Húngaro, la jefatura de la organización terrorista clandestina. Era fácil imaginar que, de resultas de tamaño atentado—si los complotados tenían éxito— se se-

guirían consecuencias impredecibles en virtud de los entronques de la administración serbia con el jefe de la inteligencia del ejército y cabeza indiscutida de la *Mano Negra*, el coronel Dragutin Dimitrijević, más conocido por el sobrenombre de *Apis*.

El ascendiente de *Apis* venía de antiguo, desde el golpe de estado, seguido del asesinato del rey Alejandro y de su mujer, que llevaron a cabo 28 oficiales en la madrugada del 11 de junio de 1903. A partir de entonces, con la desaparición de la dinastía Obrenović y el ascenso al trono de Pedro I Karadjordjevic –traído a las apuradas de su exilio suizo– nació en Belgrado un poder fáctico que condicionó la vida política del país hasta la Gran Guerra. El grupo militar que había gestado el regicidio no desapareció de la escena. Por el contrario, creció en envergadura y extendió su influencia dentro y fuera de las filas castrenses. Tanto que ni los gabinetes que se sucedieron entre 1903 y 1914 ni tampoco la Corte hubieran podido –aunque lo desearan– desentenderse de la influencia y las ideas de tamaña logia. Entiéndase bien, el primer ministro Pasic y Pedro I no eran simples títeres dependientes del ejército, en general, y de *Apis*, en particular. Pero a los dos les hubiera sido imposible prescindir de los militares a la hora de definir las líneas directrices de una estrategia en donde las reivindicaciones territoriales eran verdaderos dogmas de fe.

Cuanto existía en Serbia era una diarquía embozada tras la apariencia de la monarquía constitucional. Con esta particularidad, que a nadie le pasaba desapercibida: mientras el rey y su *premier* resultaban partidarios de desenvolver una estrategia moderada en punto a los reclamos que ellos sostenían, *Apis* y los suyos abogaron, desde la anexión austríaca de las provincias de Bosnia y Herzegovina, por una política de confrontación. Ambos grupos coincidían en que era inevitable la disolución del imperio austrohúngaro y suponían, en consecuencia, que su país se hallaría en inmejorables condiciones para sacar provecho de los territorios hasta ese momento dependientes de Viena. En lo que diferían era

en cómo lograrlo. Pasic y sus seguidores estimaban que la caducidad imperial se produciría no como producto de un golpe externo sino en virtud de sus contradicciones internas. Los más radicalizados apostaban a una guerra para la cual debían estar preparados.

¿Cuánto conocían el gobierno ruso y el serbio de las andanzas de *Apis* y cuál podía ser el rédito que los nacionalistas de la *Mano Negra* pensaban obtener del atentado? Porque no era lo mismo la puesta en marcha de un acto terrorista en solitario, es decir, si no pensado, sí organizado y ejecutado por la organización bajo la tutela del misterioso *Apis*, que el desenvolvimiento del plan con el visto bueno de Belgrado y de San Petersburgo. Si lo primero fuese cierto estaríamos ante la apuesta, a todo o nada, de una facción paramilitar deseosa de generar determinadas consecuencias capaces de poner a los gobiernos del zar y de Pasic en la disyuntiva de escalar o de retroceder con la pérdida de autoridad imaginable. En caso de ser cierto lo segundo, quedaría en claro la voluntad de los dos estados paneslavistas de desatar una guerra.

Los documentos conocidos poco y nada ayudan a contestar los interrogantes planteados. Todo lo que puede adelantarse son suposiciones con base en testimonios orales. *Apis* se llevó a la tumba sus secretos, de modo que, de los móviles estratégicos de la *Mano Negra*, en lo concerniente al asesinato de Francisco Fernando, estamos en ayunas. ¿Qué decir de Pasic? Hay quienes afirman que sabía del plan. Eso, al menos, escribió en sus *Memorias*, publicadas en 1924, su Ministro de educación, Ljuba Jovanovic. Recordó que, a fines de mayo o principios de junio, en una de las tantas reuniones de gabinete, Pasic les informó a sus colaboradores que estaba en preparación un atentado para matar al archiduque cuando viajase a Sarajevo. La reacción de todos fue unánime y se le encomendó al primer ministro que ordenase a las correspondientes autoridades fronterizas impedir el paso de los complotados. Aunque el relato resultase verdadero —y no hay razones para pensar lo contrario—, no suena lógico que, frente a tal noticia, todo

hubiese quedado reducido a ese simple pedido, hecho a unos oficiales aduaneros. Formalmente el jefe de gobierno cumplió cuanto le había solicitado su cuerpo ministerial e inclusive pudo más tarde exhibir, de cara a Viena, su predisposición para tomar cartas en el asunto. Al mismo tiempo, negó siempre que le hubiera advertido al gobierno de Francisco José sobre la existencia del complot. En caso de hacerlo se hubiera auto incriminado. Por eso en el reportaje que le concedió al diario húngaro *Az Est*, el 7 de julio de 1914, no dejó lugar a dudas. Los austríacos, por su lado, obraron de la misma manera. Cómo explicar, si estaban en autos del asunto, su proverbial despreocupación por la seguridad del archiduque.

¿Fue avisada Viena? El subsecretario del ministerio de relaciones exteriores galo, Abel Ferry, tiene una entrada en su agenda oficial, correspondiente al 1 de julio, que registra la visita de un funcionario de la embajada serbia en París, Milenko Vesnic. En la conversación mantenida, éste le contó que su gobierno le había hecho saber al de Viena de una trama destinada a asesinar al heredero de la corona imperial. Similar testimonio le prestó al más lúcido historiador italiano de la Gran Guerra, Luigi Albertini, en 1915, quien fuera el agregado militar de Belgrado en la capital austríaca hasta el inicio de la contienda. Según él, Pasic había enviado un telegrama a su ministro plenipotenciario ante la corte de Francisco José, Jovan Jovanovic, para que informase del plan trazado y le aconsejase al gobierno imperial posponer la visita. Acto seguido el citado diplomático mantuvo una reunión con León Biliński, ministro de finanzas austrohúngaro, respecto de los riesgos que asumiría el heredero imperial si acaso se decidía a visitar Sarajevo.

Qué tan claras fueron las instrucciones de Pasic a Jovanovic y, en tal caso, qué fue lo que le transmitió a Bilinski, son preguntas difíciles de responder. Como sostiene Christopher Clark, en uno de los libros más importantes escritos en los últimos años, “in retrospect, it has the look of a covering manoeuvre.” (Parece, en retros-

pectiva, una maniobra de encubrimiento)¹. Es elemental pensar que si Pasic conocía los pormenores de la conspiración, o inclusive sus rudimentos, y quería evitar sus consecuencias, era su obligación cortarla de cuajo, al margen de alertar a Viena. En cambio, lo que hubo, casi seguramente, fue un montaje de medias palabras, apenas creíble, acerca del asunto de mayor trascendencia que Belgrado había tenido entre manos relacionado con el Imperio que tanto detestaba pero con el cual, jugar a las escondidas, tratándose de la vida de Francisco Fernando, suponía correr un riesgo inmenso.

¿Y dónde queda Rusia en términos de su conocimiento o ignorancia de lo que iba a suceder? San Petersburgo tenía en Nicolas Hartwig al hombre indicado en el lugar indicado, Belgrado. Paneslavista hasta los tuétanos y vinculado a la flor y nata del gobierno serbio, como así también a las organizaciones secretas nacionalistas, en Viena lo tenían catalogado, empezando por el mismísimo Francisco José, como el “verdadero jefe” del país eslavo. Aun asumiendo la cuota de exageración que revestían las opiniones provenientes de Austria, Hartwig había sido un engranaje fundamental en la forja de la coalición antiturca durante la primera guerra balcánica. Personaje tan enigmático como poderoso, difícilmente podía resultar ajeno a cuanto preparaba *Apis*.

Las relaciones de la corte de San Petersburgo con la de Pedro se habían afianzado desde la crisis de Bosnia. El pequeño reino eslavo se convirtió en una suerte de peón ruso en los Balcanes, y solo con el apoyo logístico zarista y la financiación francesa pudo movilizarse y triunfar en las contiendas de 1912 y 1913. En febrero del año en el cual se iniciaría la guerra Pasic volvió eufórico y conmovido, a la vez, por el trato que había recibido en su reciente visita a Rusia, culminada en una reunión con Nicolás II. En Belgrado le confesaría a Nicolas Hartwig que, sin el apoyo moral

¹ Clark, Christopher. *The Sleepwalkers. How Europe went to war in 1914*. Harper Collins, New York, 2012, pág. 61.

de su país, Serbia no podría hacer frente a la hostilidad de la vecina monarquía austríaca. El 30 de junio, apenas dos días después del asesinato del archiduque, el Estado Mayor ruso, presionado por el zar, aprobó el envío a Belgrado de 120.000 fusiles y varios millones de proyectiles.

Lo escrito más arriba no demuestra, sin embargo, que en San Petersburgo se conociese la existencia del complot. Hartwig, en más de una ocasión, en conjunto con el agregado militar ruso en la capital Serbia, Viktor Artamonov, habían acreditado un grado de autonomía insólito respecto de sus jefes. El primero se había permitido faltarle el respeto públicamente a Sergei Sazonov, ministro de relaciones exteriores, mientras el segundo parecía prestarle poca atención al titular del estado mayor del ejército. Los dos actuaban en Belgrado como eminencias grises detrás del trono y del gobierno.

Un estadista como Pasic, experimentado en esas lides y con acceso, en virtud de las funciones que desempeñaba, a todas las dependencias estatales, era natural que conociese algo de la trama en desarrollo. De hecho, antes del atentado, ordenó una serie de investigaciones debido a movimientos sospechosos en la frontera con Bosnia-Herzegovina, sin ningún resultado satisfactorio. Así quedó en evidencia el doble comando existente en su país. La *Mano Negra* no podía remover a Pasic como lo había hecho con Alejandro, si bien, cuando convenía a sus planes, actuaba independientemente, sin prestarle atención a lo que decidiera el primer ministro. Es notable la manera en que los pedidos de informes que este solicitara a los oficiales fronterizos y al ejército, en cuanto a tráfico de armas y entradas y salidas de miembros de la *Mano Negra* del territorio patrio hacia Sarajevo, o no fueron contestados en tiempo y forma o, literalmente, resultaron ignorados.

Cuando la noticia del asesinato llegó a Viena, abundaron los indicios de que parte del gobierno de Belgrado estaba involucrado.

Minutos después de que Princip hubiera disparado contra Francisco Fernando y Sofía, las autoridades imperiales –tan ineficientes en términos de la inteligencia previa a los hechos– lo habían detenido a él y a Cabrinovic, los dos principales responsables del crimen. Una hora más tarde tenían en claro cómo habían actuado los terroristas, pero ni entonces ni después habían llegado ni llegarían hasta Apis. Por motivos pocos claros, los austríacos focalizaron su atención en la *Narodna Odbrana*, una de las principales organizaciones nacionalistas serbias, dejando de lado a *La Mano Negra*, que era la verdaderamente importante. El error les costó caro en razón de que nunca terminaron de hallar a los culpables políticos del atentado.

Cualquiera hubiera supuesto que, ante tal magnicidio, perpetrado en las narices del poder vienés, la reacción del emperador y de sus principales colaboradores –más allá de la poca simpatía que Francisco José tenía por el heredero– iba a resultar inmediata. Con todo, no hubo muestras de indignación masivas ni suspensión de los esparcimientos clásicos de un domingo. No solo los habitantes del imperio siguieron con sus actividades normales sino los monarcas y políticos más importantes de Europa permanecieron inmutables antes la noticia. El Kaiser, enterado mientras disputaba una regata en Kiel, no la suspendió, mientras el líder del socialismo germano, Friedrich Ebert, sostuvo que el hecho carecía de consecuencias internacionales y no tensaría la relación entre el Imperio austrohúngaro y Serbia. Otro tanto sucedió en Londres, París, San Petersburgo y Roma.

No obstante, se había abierto una caja de Pandora y si ninguno de los protagonistas se dio cabal cuenta entonces, o siquiera pensó en la posibilidad de que estallase una guerra europea y, mucho menos, una conflagración mundial, era claro que los agraviados no podían quedarse cruzados de brazos. Puestos en la disyuntiva de escalar enseguida o de medir la respuesta, el Emperador y su ministro de relaciones exteriores, el conde Leopold von Ber-

chtold, prefirieron lo segundo, descartando de cuajo el belicismo del jefe del estado mayor del ejército, Franz Conrad von Hötzendorf. Nada de apuros, pensaron. Además, previo a levantar el tono de voz y llevar las cosas a la última instancia, era necesario consultar la estrategia con Alemania. Dando por sentado que debían cobrarse la afrenta, la pregunta era *cómo hacerlo*.

Resulta imposible saber cuál hubiese sido la reacción de la corte zarista o la del Kaiser en una situación similar, por la sencilla razón de que San Petersburgo y Berlín no debían enfrentar las fuerzas centrífugas que bullían en el seno del imperio austro-húngaro, ni debían lidiar con un país limítrofe que, en calidad de enemigo declarado, había duplicado su tamaño y su población en el curso de las guerras balcánicas –a expensas de Bulgaria y de Turquía– y ahora parecía comprometido en el complot. Que en Viena más que en Budapest existía un grupo partidario de poner en caja a Belgrado al costo de la guerra, si fuese pertinente, no era novedad. Lo mismo ocurría en Serbia. Pero, en todo caso, ni de este ni de aquel lado de la frontera los extremistas llevaban la delantera o pensaban en prenderle fuego al continente. No había profetas armados dando vueltas y las ideologías totalitarias todavía no se habían hecho presentes en Europa. A lo sumo y a pesar de sus diferencias, tanto Conrad como Apis imaginaban, si acaso, una contienda limitada.

Las rivalidades de la época

El asesinato –por la *capitis diminutio* inflingida a Viena– desató a fuerzas que se habían mirado de reojo, sin que ninguno de los antagonistas pensara seriamente en dirimir supremacías en el campo de Marte. Llevaba razón Sir Arthur Nicholson, el subsecretario del *Foreign Office* (cancillería británica) entre 1910 y

1916, cuando le escribió a Sir Edward Goschen, embajador de su majestad británica en Berlín, a principios del año crítico: “I think there is no likelihood of serious friction among the big European Powers”, (creo que es poco probable una fricción seria entre los grandes poderes europeos) para insistir en la misma tesitura en mayo, diciéndole: “Since I have been at the *Foreign Office* I have not seen such calm waters... There is very little of interest taking place at this moment in Europe...” (Desde que estoy en la Cancillería no he visto aguas tan calmas... En este momento, pasan pocas cosas de interés en Europa.)².

Coexistían, en un equilibrio de enemistades, cinco grandes potencias –Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia y Austria-Hungría– que no se llamaban a engaño acerca de cuáles eran sus intereses vitales, sus rivales, sus enemigos declarados y los desafíos que tenían por delante. Hubiera sido suicida que, en atención a lo expresado antes, no se prepararan para la eventualidad de una contienda que no estaba a la vuelta de la esquina aunque podía dispararse, tal como ocurrió, al margen de su voluntad. De aquí que Europa quedara cruzada por un complejo sistema de alianzas con cláusulas gatillo que incluía –excepción hecha de la Gran Bretaña– a los cuatro poderes restantes. A manera de complemento, todas las naciones tenían definidos sus respectivos planes de movilización militar cuya trascendencia –y eso quedó demostrado en julio-agosto del 14– estaba dada no solo por los tiempos necesarios de los ejércitos propios para ponerse en marcha, sino también por la presunción de cuánto tardarían los enemigos en hacer otro tanto.

De la prevención no se sigue necesariamente a la acción. Nada era nuevo y a nadie le llamaba la atención la existencia de semejantes alianzas y planes. Curioso hubiese sido lo contrario. Recelos y desconfianzas inundaban las cancillerías y estados ma-

² Ponting, Clive: *Thirteen Days. Diplomacy and Disaster. The countdown to the Great War*. Pimlico, Londres, 2003, pág. 63.

yores desde tiempo inmemorial. Con todo, el sistema vertebrado cien años atrás en Viena resistía intacto. En ningún momento la sombra de un poder hegemónico –semejante al de Bonaparte– se había recortado en el horizonte europeo y las contiendas disputadas en Europa, a partir de 1815, habían sido limitadas. Nicholson estaba en lo cierto, sólo que no contó –no podía hacerlo– con uno de esos imponderables capaces de modificar el curso de los acontecimientos en cuestión de segundos.

De las distintas hipótesis de conflicto dando vueltas entre las cinco potencias decisivas, solo una era explosiva. Los franceses tenían la espina de Alsacia y Lorena clavada en su vientre y ello hacía imposible cualquier acuerdo definitivo con Alemania. Dicho lo cual, a los efectos de reconquistar los mencionados territorios la Tercera República no hubiese nunca movilizado sus tropas. Luego de la caducidad del *Tratado de Reaseguro* –que el *canciller de Hierro* ideara con el fin de evitar el cerco francoruso– la Prusia de Guillermo se hallaba en una situación incómoda, sin que ello obstara para mantener una buena vecindad de cara a San Petersburgo. Los gobiernos de Su Majestad británica y del zar Nicolás II, después de disputar zonas de influencia vitales en Persia, Afganistán y el Tíbet, habían suscripto, el 31 de agosto de 1907, la convención Anglorusa. En este escenario, los Balcanes representaban el eslabón más débil de la cadena de seguridad europea.

La diferencia que se planteaba en esa región residía en que dos de los cinco grandes de la época arrastraban posiciones antagónicas las cuales, sumadas a la beligerancia serbia y a la inculcable decadencia del imperio austrohúngaro, la convertían en un polvorín. En un par de ocasiones, años antes del comienzo de las hostilidades en agosto de 1914, los conflictos generados, en un caso, por la anexión de Bosnia y Herzegovina y, en el otro, por el estallido de dos guerras localizadas entre Turquía, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro, pusieron de relieve hasta dónde existían rivalidades lacerantes. Al propio tiempo, también dejaron al

descubierto que no necesariamente esas disputas conducían a una guerra continental.

La decisión austríaca de hacer suyas, en 1908, las provincias que Serbia reclamaba para sí, nació de un entendimiento inicial con Rusia y terminó en un gravísimo desencuentro de Viena y de San Petersburgo al que no fue ajeno el respaldo de Guillermo II a su par vienés. La administración zarista debió retroceder ante el ultimátum de Berlín dejando jirones de su decoro en el camino. Como era de esperar, no echó en saco roto la experiencia. Las enseñanzas que se llevaron los países involucrados en el asunto, cobraron luego una importancia trascendental en los 40 días transcurridos desde el asesinato del archiduque hasta principios de agosto, a saber: Serbia no podía sola contra Viena, por mucho que creciese la agitación nacionalista en Belgrado. A su vez, Austria-hungría estaba en condiciones de hacer frente al gigante ruso en tanto contase con el respaldo de su socio mayor en la Alianza Dual. En cuanto a San Petersburgo, sabía que si el conflicto en torno de la Cuenca del Danubio escalaba, junto a los austrohúngaros aparecerían los mejores militares del mundo.

De alianzas y movilizaciones

El asesinato del 28 de junio podría haber desatado una guerra europea, pero nunca de esas dimensiones, de no haber sido por la vigencia de dos alianzas cruzadas: una, la Dual, gestada en los años de esplendor del príncipe de Bismarck y la otra establecida por Rusia y Francia, desde la Convención Militar del verano de 1892 a la ratificación definitiva del tratado, en enero de 1894. Sería incorrecto establecer una relación de causalidad entre los compromisos, asumidos por los signatarios, de auxiliarse en caso de una crisis, y el estallido de la guerra. Alemania y el imperio

austrohúngaro, de un lado, y Francia y Rusia, del otro, los habían forjado para precaverse. Eran, ante todo, instrumentos de carácter disuasivo, si bien es cierto que, si la diplomacia fallase, la opción bélica se hallaría condicionada por esos acuerdos monolíticos que gatillarían, de manera automática, las lealtades preestablecidas.

Las alianzas tenían alcances claramente prefijados, aunque, a la larga, fuese menos importante lo que las altas partes de la guerra habían subscripto en una serie de artículos prolijamente redactados, que el espíritu de las mismas. Si se repara en el hecho de que la Dual databa de 1882 y la franco-rusa de 1894, ambas eran en cierta medida viejas cuando, súbitamente, y a propósito de lo ocurrido en Sarajevo, cobraron plena vigencia. Más allá de la letra –cuyo origen se remontaba, en un caso, a tres décadas y, en el otro, a veinte años atrás– lo relevante era el *pensamiento estratégico de bloques* generado en el tiempo transcurrido desde finales del siglo XIX hasta 1914. Esta o aquella cláusula podían ser materia de debate o de revisión, más estaba sobreentendido que el Imperio austrohúngaro cerraría filas –de estallar las hostilidades– junto a Alemania, del mismo modo que la Tercera República respaldaría a la Rusia zarista y viceversa. A semejanza de todo documento escrito, valían a la hora de ponerlas en práctica.

En la Europa postbismarckiana los llamados imperios centrales obraron de consumo en las dos crisis marroquíes y en la de Bosnia. Por su parte, rusos y franceses habían vencido, a partir de 1894, sin prisa y sin pausa, todas las susceptibilidades ideológicas imaginables entre un imperio autocrático y una “República regicida”, para terminar honrado el compromiso según el cual, si Alemania atacase a Francia, o Austria-Hungría, con el concurso de Berlín, a Rusia, los dos movilizarían sus tropas, sin necesidad de consultarse. El propósito excluyente consistía en obligar a Alemania a pelear en un doble frente. George Kennan, quien le dedicó al tema un libro formidable, escribió: “The final text of The Franco-Russian military convention had some strange and distur-

bing features, placing largely in Russian hands... the power to unleash a major European war whenever this might suit Russian purposes". (El texto definitivo de la convención militar franco-rusa presentaba elementos extraños y perturbadores, dejando en buena medida en manos rusas...el poder para desatar una guerra europea de envergadura cuando se prestara a sus objetivos.)³

Francia, a la cual Bismarck había aislado por espacio de años, no podía darse el lujo de pensar siquiera en medir fuerzas con Alemania sin el auxilio del zar y, si fuese posible, también de Gran Bretaña. Rusia, menos industrializada que cualquiera de aquellas, y en medio de una disputa sorda en los Balcanes con los austrohúngaros, estaba en situación parecida. A una y a otra les preocupaba, a su vez, el fenomenal crecimiento germano en términos de tecnologías de punta y de su producción de carbón, acero y química pesada, superior a la del Reino Unido. Además, su aparato militar terrestre era, de lejos, el más poderoso y eficiente de Europa.

La convención de 1894 no fue creada con el propósito de atacar a Alemania; sí para prepararse en el supuesto de que debiesen enfrentarla. Esto asentado, conviene no pasar por alto que, por aceptadas que fuesen las relaciones de Berlín y Viena y las de San Petersburgo y París, sus comportamientos distaban de ser mecánicos. En la Segunda Guerra Balcánica, cuando Berchtold conminó a los serbios a abandonar Albania y a archivar sus deseos de salir al Adriático, los rusos y no los alemanes fueron quienes respaldaron a Austria. En marzo de 1914, el Kaiser calificó de "estupidez" la postura terminante de Viena, opuesta a la unión de Serbia y de Macedonia.

Todavía más importantes que los tratados resultaban los planes de movilización pormenorizadamente trazados como com-

³ Kennan, George. *Fateful Alliance: France, Russia, and The coming of the First World War*. New York, Pantheon Books, 1984, págs 180-181.

plemento necesario de los compromisos contraídos. Haber suscripto un documento con cláusulas gatillo si el revolver carecía de percusor, habría sido suicida. Por lo tanto, cada protagonista tenía preparado su plan, cuya clave de bóveda era el tiempo, dato excluyente del engranaje. Tomada la decisión de iniciar las hostilidades, en el mismo momento debían dar comienzo los movimientos masivos de tropas destinados al frente de batalla. Hacerlo suponía mover millones de hombres, algo que, obviamente, no podía maquillarse o disimularse sin levantar sospechas. Para poner un ejemplo ilustrativo: Berlín trasladó tres millones de soldados y seiscientos mil caballos, en once mil trenes, durante los primeros trece días de combate, solo al frente francés.

Debido a que Alemania era algo así como “el jamón del sándwich” –para utilizar una expresión bismarckiana– entre dos panes que la apretaban en las fronteras orientales y occidentales, su posición geográfica y estratégica resultaba en extremo complicada. Durante los años en que fue jefe del Estado Mayor alemán, el conde de Schlieffen desarrolló dieciséis planes pensando en la eventualidad de una guerra contra Francia, catorce barajando una hipótesis similar sólo que contra Rusia y diecinueve teniendo presente la posibilidad de una guerra en dos frentes. En todos aquellos que forjó para enfrentar a un mismo tiempo a Rusia y a Francia, siempre la cuestión más importante por resolver era la misma: sobre cuál lanzar el primer ataque de las fuerzas alemanas. Resuelto el dilema, era menester determinar la magnitud del despliegue militar en el segundo frente.

Bismarck, al final de 1887, le había confesado al ministro de Guerra prusiano, general Bronsart von Schellendorf que, dado el estado de la política europea era probable que en un futuro no demasiado lejano Alemania debiera enfrentarse simultáneamente con Rusia y Francia. No representaba una novedad en Alemania la preocupación de una guerra en dos frentes, tal como la vislumbraban Schlieffen y luego Moltke. Lo que sí resultaba novedoso, y en

ello radicaba toda la diferencia, eran las características de la estrategia germana si debía combatir contra Rusia y Francia al mismo tiempo. Bismarck, atormentado por la situación geopolítica de su país, creyó que la mejor manera de salvar ese peligro era aislar a Francia y mantener a Rusia en el juego de a tres que suponía fundamental para el sistema de alianzas del que fue inspirador. Ni bien Rusia fue abandonada, la acechanza volvió a recortarse en el horizonte.

Por considerar a Rusia como la más débil, conclusión a la que llegó Schlieffen, tuvo consecuencias fundamentales en el desarrollo de la Gran Guerra. Razonó de esta manera: aunque menos poderosa, Rusia era más difícil de vencer merced a lo accidentado del territorio sobre el cual se combatiría y las enormes extensiones que los alemanes deberían recorrer. De aquí la necesidad de volcar la masa de los ejércitos contra la potencia mayor –Francia–, a la que se podía doblegar en 42 días. Por tanto, la obsesión de Schlieffen fue la de poner en pie de guerra un ejército lo suficientemente poderoso como para descargar un golpe mortal sobre los franceses y recién después volcarse al frente oriental. Alemania estuvo a punto de lograrlo en 1914, y en buena medida fracasó por no seguir al pie de la letra el plan maestro del famoso conde que, en su lecho de muerte, seguía reclamando: “Fortalezcan el ala derecha”.

El problema que enfrentó Alfredo von Schlieffen no se les presentó de la misma manera a los “semidioses” de Moltke el Viejo cuando debieron invadir Francia en 1870. Si éste hubiese sido el caso, ciertamente Bismarck habría seguido un curso diferente, y hasta es posible que la guerra francoprusiana, o bien no hubiese tenido lugar, o se habría desarrollado de distinta manera. Es que a partir del hecho –que para Schlieffen obraba a la manera de un verdadero axioma– de que el corazón de Francia estaba situado entre Bruselas y París, la ruta obligada de ataque suponía la violación de la neutralidad belga que Alemania, juntamente con el resto de las grandes potencias, había garantizado a perpetuidad.

¿Por qué no se podía en 1914 evitar Bélgica? El último plan de Schlieffen –el que lo inmortalizó– fue terminado en 1906. Siete octavos del ejército germano atacarían Francia mientras el resto sería destinado a sostener el frente ruso. Esto, además de las razones ya expuestas, fue el resultado de un error de cálculo: que a Francia y a Alemania les llevaría movilizarse el mismo tiempo, esto es, dos semanas, en tanto Rusia –de acuerdo con su pronóstico– tardaría, por la cantidad de hombres involucrados y las distancias a recorrer, seis semanas. En lo primero tuvo razón, en lo segundo no. En 42 días, pues, Francia debía ser derrotada, y sólo se podía pensar en un mazazo definitivo si el ejército alemán era lo suficientemente grande como para que el frente enemigo colapsara sin remedio. Por dónde pasara el grueso de las tropas, a los efectos de entrar en territorio galo, era, pues, fundamental.

¿De qué manera podría un contingente de millones de hombres dar cuenta de otro, similar en número, desplazándose sin tocar siquiera un metro del suelo suizo, en el sur, o belga, en el norte, porque ambos eran inviolables? La pregunta, según Schlieffen, carecía de respuesta. Era como tratar de resolver la cuadratura del círculo. Inversamente, si la derecha germana se desplegaba en su maniobra de envolvimiento de las fuerzas enemigas a través de las planicies de Flandes, la dificultad tendría solución. Desde 1899 Schlieffen consideró que la neutralidad belga debía ser violada no merced a un capricho sino por una necesidad fatal de la maniobra de doble envolvimiento que, tomándola de Aníbal, se convirtió en el talismán del Estado Mayor.

El plan, claro, tenía dos inconvenientes que Bismarck no habría echado en saco roto, como hicieron el Káiser, Bulow, Schlieffen y Moltke el Joven. Violar Bélgica suponía comprarse un pleito con Gran Bretaña y, aparte, con Bélgica. En 1904, el entonces canciller Bullow, discutiendo la cuestión de la neutralidad con el conde Schlieffen, le recordó que Bismarck había advertido en su oportunidad que sería contradecir el sentido común sumar gra-

tuitamente un enemigo a la lista de opugnadores de Alemania. El Jefe del Estado Mayor le respondió con una verdadera *boutade*. La intervención británica era una cuestión que no les quitaba el sueño a los generales de Moltke. No es que despreciaran el poderío de Inglaterra como que no la creían capaz de poner en el continente más que un cuerpo expedicionario menor.

Poco antes del comienzo de la guerra y cuando todavía ninguno de sus protagonistas imaginaba de qué forma, de la noche a la mañana casi, en los próximos meses el Viejo Continente ardería por los cuatro costados, Sir Arthur Nicholson le escribía al primer ministro Sir Edward Grey: “Supposing France violated the neutrality of Belgium in a war with Germany, it is, under present circumstances, doubtful whether England or Russia would move a finger to maintain Belgian neutrality, while if the neutrality of Belgium were violated by Germany it is probable that the converse would be the case”. (Suponiendo que Francia violase la neutralidad belga en una guerra con Alemania, y dadas las presentes circunstancias, es poco probable que Inglaterra o Rusia movieran un dedo para preservar esa neutralidad; en cambio, si la neutralidad de Bélgica fuese violada por Alemania, es probable que se diera lo contrario.)⁴ A confesión de parte...

En cuanto al Imperio con capital en Viena, la preocupación de una guerra disputada en dos o más frentes –contra Rusia, Serbia y, eventualmente, Italia– venía de lejos y solo Alemania podía despejarla. En las conversaciones iniciadas en 1909 los dos signatarios de la Alianza Dual trataron, infructuosamente, de ponerse de acuerdo, al extremo de que, cinco años después, todavía no habían sido capaces de complementar sus respectivos planes militares. Las tropas imperiales se dividieron en tres direcciones: 30 divisiones resultaron desplegadas en Galitzia, de cara a Rusia; 10 divisiones fueron enviadas al sur, en contra de Serbia, y las restan-

⁴ Ponting, *op.cit.*, pág. 47.

tes 12 quedaron reservadas para reforzar la ofensiva en cualquiera de los dos teatros de operaciones, de acuerdo a las necesidades del momento. El principal objetivo austrohúngaro apuntaba a sacar del ruedo a Serbia. No obstante, las prioridades de Moltke eran diferentes: deseaba a las fuerzas austríacas lanzadas sobre Rusia, algo que logró a mediados de agosto de 1914 cuando el emperador Francisco José, bajo fuerte presión de Berlín, le ordenó a su jefe de estado mayor retirar todo el Segundo Ejército, concentrado en la frontera serbia, y reposicionarlo en la región de Galitzia, donde lo querían los alemanes.

En comparación con los signatarios de la alianza francorusa, las potencias asociadas en la Dual demostraron menos capacidad para actuar en conjunto y menos duplicidad a los efectos de confundir y engañar a sus enemigos. Si de desencuentros se trata, los imperios centrales le sacaron —con consecuencias ominosas para ellos— una amplia ventaja a sus enemigos. Téngase presente que los austrohúngaros no consultaron con la *Wilhemstrasse* (cancillería germana) ni el texto del ultimátum a Serbia ni la conveniencia del día en el cual decidieron enviarlo ni tampoco la declaración de guerra hecha a Belgrado, el 28, faltando a la promesa de efectivizarla recién el 12 de agosto. De su lado Conrad se enteró tarde, sobre la hora de la invasión alemana a Bélgica, que las tropas comandadas por Moltke se habían desplegado masivamente en contra de Francia y no de Rusia. Eso no fue todo. Cuando el sábado 2 de agosto se reunió el comité de crisis alemán, alguien comentó que todavía Austria no había confirmado que enfrentaría a Rusia y nadie le había informado a Italia —aliada desde 1882— de la declaración de guerra a Rusia, ni a Rumania con la cual también existía una alianza de defensa mutua. Al escucharlo, tanto Moltke como Falkenhayn quedaron demudados.

En punto a dilemas, los de Berlín se las traían. El Kaiser y Von Moltke debían atenerse al diagrama de Schlieffen. Dejar fuera de combate a Francia resultaba la premisa mayor de su ra-

zonamiento estratégico, aunque podía suceder –como de hecho ocurrió– que no fuese París sino San Petersburgo quien hiciera el primer movimiento ofensivo. Pero, aun en esa eventualidad, Alemania no podía salirse del libreto: lanzar casi el 90% de sus efectivos en dirección de los Países Bajos y asumir el riesgo de desproteger la Prusia Oriental.

El plan galo, diseñado en 1913 a instancias del general Joffre y conocido como *I7*, se destacaba merced a su carácter ofensivo. Es un misterio por qué los franceses estaban tan confiados respecto de las bondades del mismo teniendo presente su inferioridad, si se comparaba sus fuerzas con las alemanas. El grueso del ejército quedó estacionado en Lorraine, otro sinsentido puesto que su aparato de inteligencia le había informado que el ataque germano se iniciaría a través de Bélgica. Los franceses requerían que la “topadora” rusa se pusiese en marcha cuanto antes y privilegiara el compromiso de lanzar al núcleo duro de sus tropas contra Alemania. Si, en cambio, decidían darle la prioridad a Galitzia –que fue cuanto sucedió– la Tercera República podría enfrentar serios problemas.

Rusia, en tanto, recobrada de su derrota a manos de Japón en 1905, confiaba en poder mover –cosa que hizo– 360 trenes diarios hacia el oeste y completar la movilización de sus tropas en tres semanas. En su caso, el plan cargaba una componente que sería crítica en agosto del 14: a diferencia del austrohúngaro, que contemplaba la posibilidad de desplegar separadamente a los tres grupos de ejército mencionados, el ruso carecía de esa opción. Algo que había quedado al descubierto en oportunidad de la primera guerra balcánica. El 22 de noviembre de 1912 el ministro de guerra, Sukhomlinov, para contrarrestar los movimientos de Viena en Galitzia, amagó con una maniobra que no pudo consumar cuando cayó en la cuenta de que la hipótesis de una movilización parcial en los distritos militares de Kiev y de Varsovia no era viable sin que los alemanes, como en esa ocasión puntualizó el primer ministro Kokovtsev, la consideraran un *casus belli*.

Los dos bloques cerrados que se dejaban ver nítidamente en el empíreo europeo a comienzos del año 1914 lejos estaban de haberse pintado la cara, al son de tambores de guerra. Sus diferencias, todo lo profundas que se quiera, y las desconfianzas existentes en *ambos lados de la colina*, no preanunciaban un conflicto armado. El problema fundamental no residía en las alianzas –más preventivas que probélicas– o en las cláusulas gatillo o en los planes de movilización. No es que estos, a la manera de fuerzas impersonales, pudiesen desatar unas hostilidades que pocos querían. Solo si, a diferencia de lo ocurrido en torno de Bosnia, en 1908, la diplomacia se daba por vencida y la guerra pasaba de ser posible a resultar probable para zanjar las enemistades latentes, las alianzas y, sobre todo, los planes mencionados, representaban engranajes explosivos.

El embajador de Su Majestad británica en Viena pareció tener dones proféticos al respecto. Con una claridad asombrosa informó al *Foreign Office*, quince meses antes del crimen de Francisco Fernando, cuanto sucedería: “Servia will some day set Europe by the ears, and bring about a universal war on the Continent... I cannot tell you how exasperated people are getting here at the continual worry which that little country causes to Austria under encouragement from Russia... The next time a Servian crisis arises... I feel sure that Austria-Hungary will refuse to admit of any Russian interference in the dispute and that she will proceed to settle her differences with her little neighbour by herself ‘*coûte que coûte*’ ”. (Serbia tomará algún día a Europa por las orejas y causará una guerra universal en el continente... No puedo explicarle lo exasperada que esta la gente aquí, producto de la continua preocupación que ese pequeño país alentado por Rusia le causa a Austria...La próxima vez que emerja una crisis Serbia...estoy seguro de que Austria-Hungría no tolerará ninguna interferencia rusa en la disputa y procederá a resolver sola las diferencias con su pequeño vecino, cueste lo que cueste.)⁵ Precisamente, así se suce-

⁵ Ponting, *op.cit.*, pág. 62.

dieron los hechos, aunque las palabras de Sir Maurice de Bunsen hayan caído en saco roto.

La toma de decisiones

¿Fueron conscientes quienes gobernaban los imperios centrales del riesgo implícito que existía si intentaban castigar militarmente a Belgrado, respaldado a capa y espada por San Petersburgo? ¿Fueron racionales las actitudes del zar y de su gabinete y las de los gobiernos francés y británico en esos días decisivos? A la hora de juzgar conductas y de tratar de entender cómo fue posible tamaña conflagración, no basta con repasar sólo las decisiones, planes y movimientos de los monarcas, cancillerías y estados mayores de los países que, al cabo de cuatro años de lucha, llevaron la peor parte y fueron luego acusados por los vencedores de ser los culpables de la tragedia. En el cuadro deben estar incluidos todos, no con el propósito de ponerlos póstumamente delante de un tribunal histórico, a los efectos de que rindan cuentas de sus actos. Hacerlos entrar en escena lleva la intención de entender cómo decidían y quiénes decidían. Dicho de manera diferente, una visión largamente extendida –que pasa en algunos ambientes intelectuales como canónica– destaca la facultad omnímoda de Nicolás II, Guillermo II y Francisco José en razón, se nos dice, de que eran gobernantes absolutos y todopoderosos. Se establece así, gratuita y groseramente, una distinción a priori entre un tipo de dominación autocrática, común a los tres imperios del centro y este europeo, y otro de tipo democrático que incluiría a Inglaterra y Francia. Nada más alejado de la verdad. Nunca la historia es así de lineal. Suponer que en San Petersburgo dictaba la política exterior Nicolás, como Guillermo en Berlín y en Viena Francisco José, es ignorar los pliegues y recovecos existentes en el sistema de poderes de los futuros contendientes.

Comencemos por el imperio contra el cual la *Mano Negra* se había cobrado una víctima demasiado importante para que la crisis no escalara. La constitución escrita prescribía que el primer ministro húngaro fuese consultado en las cuestiones diplomáticas de máxima importancia. Por lo tanto Viena no hubiera considerado la posibilidad de atacar Serbia sin el visto bueno del ministro presidente con sede en Budapest, el conde Esteban Tisza. En los asuntos externos también tenían voz y voto, más allá de la *Ballhausplatz* (Cancillería del Imperio austrohúngaro), a cargo de Leopoldo Berchtold; la cancillería militar del heredero del trono, y el jefe de estado mayor. Por encima del conjunto, con poder para aprobar o vetar cualquier iniciativa llegada a su despacho, se hallaba el anciano emperador Francisco José que obraba más como un amable componedor que como un gestor de estrategias.

Algo parecido sucedía en la Corte zarista. En teoría Nicolás II era el amo y señor de todas las Rusias. En la práctica poco y nada lo hacía parecido a Iván el Terrible. Dos ejemplos bastan para entenderlo: el fallido acuerdo entre el ministro Izvolsky y su par vienés consistente en dar luz verde a la anexión de Bosnia y Herzegovina, a cambio del respaldo a la reivindicación rusa de tener acceso a los estrechos turcos del Mar Negro, fue hecho a las espaldas del primer ministro Pyotr Stolypin, y con un conocimiento vago del asunto por parte del zar. Más aún, el 24 de julio de 1914, Sazonov, sin consultarlo con su soberano, se permitió darle instrucciones a Serbia de no responder militarmente un ataque austríaco; advertir al embajador alemán que si Austria se “tragaba” a Serbia, desataría la guerra y, finalmente, informar a Maurice Paléologue sobre la orden de premovilización rusa.

Lo que se respiraba en San Petersburgo era una lucha de pasillos en donde el primer ministro, su gabinete y el zar, según las circunstancias, disputaban influencias y poder en una suerte de sube y baja continuo. Muerto Stolypin, Sergio Sazonov, como nuevo canciller; Izvolsky, nombrado, después del fiasco de Bos-

nia, embajador en París, y el alto mando militar, pasaron a modelar la estrategia rusa junto a Nicolás, que intervenía de a ratos y por momentos desaparecía de escena.

¿Guillermo II era muy diferente a su primo Nicolás y a su aliado Francisco José? Pues, no. Si se hubiera interesado en el tema –vaya si trascendental– de las alianzas de la época, habría participado activamente en ese verdadero punto de inflexión de la diplomacia del Segundo Imperio que, despedido Bismarck, puso en ejecución su sucesor, Leo von Caprivi. La decisión de dar por enterrado el Tratado de Reaseguro con Rusia, en 1890, fue tomada, aunque parezca mentira, con prescindencia del Kaiser. Dado a los exabruptos y a dejarse llevar por impulsos de los cuales luego se arrepentía, Guillermo –a semejanza de los otros monarcas mencionados– no podía procesar diariamente toda la información que recibía ni definir, con precisión, la letra chica de la estrategia de su país. No era una figura decorativa ni tenía a su lado a un gigante como Bismarck, alma Mater del gobierno de su abuelo. Poseía cierto talento y, al final del día, a la hora de adoptar un curso de acción, medida. Solo que, en última instancia, hacía las veces de mediador entre las partes: el ministerio de relaciones exteriores, los estados mayores y el canciller, que no siempre pensaban igual. Esto quedó traspantado de manera dramática el 30 de julio, en la reunión que mantuvieron en la *Wilhemstrasse* Bethmann Hollweg –el Canciller imperial– y Moltke –como jefe de estado mayor– no se pudieron de acuerdo en nada a horas del comienzo de las hostilidades. Fueron de tal grado sus diferencias y desavenencias en cuanto a estrategia y al curso de la diplomacia germana que, en Viena, Berchtold se preguntó: “Quién manda en Berlín, Moltke o Bethmann”.

No se crea que la dinámica de la decisión –por llamarle de alguna manera– era radicalmente distinta en la Tercera República y en la monarquía liberal británica. El grado de autonomía del *Quai d’Orsay* (Cancillería francesa) y del *Foreign Office* (Cancillería británica) resultó, en ese tiempo, sorprendente. La burocracia es-

table de una y otra casa y la presencia de *full ambassadors*, con prestigio y caudal políticos propios, muchas veces tuvieron tanto o más ascendiente que los ministros del ramo, sujetos siempre a los vaivenes del electorado y a los cambios de gabinete que eran moneda corriente en las dos orillas del Canal de la Mancha. En la crisis de julio de 1914 la participación del embajador galo en San Petersburgo, Maurice Paléologue, fue tan decisiva como la de Raymond Poincaré, presidente de la República, y mucho mayor que la de René Viviani, primer ministro y canciller al mismo tiempo. En el *Quai d'Orsay* convivieron, durante décadas, los *halcones* germanófobos y las *palomas* germanófilas en constante choque.

Es cierto que Jorge V tenía reservado un lugar casi decorativo en la Carta Magna inglesa. Eso, unido a la particularidad de que al premier británico, Herbert Asquith, la política exterior imperial le interesaba poco, convirtieron a Edward Grey en el cerebro que desde 1905 a 1916 diseñó el rol británico en el mundo, sin las interferencias que debieron soportar Bethmann Hollweg, Berchtold o Viviani en Alemania, Austria-hungría y Francia respectivamente. No obstante lo cual, si bien el poder de Grey era más compacto que el de sus colegas del resto de Europa, suponer que en Inglaterra el secretario del *Foreign Office* podía independizarse del resto del gabinete y del juego político de mayorías, minorías y coaliciones cambiantes en el Parlamento, sería no entender que su margen de maniobra también estaba acotado.

La reacción de Viena

Era inimaginable que el atentado de la *Mano Negra* pasara de largo, sin consecuencias ulteriores. Viena respondió como cualquiera de sus pares en ese polifacético tablero de ajedrez en el que se había convertido Europa. Lo hizo desde una posición de debilidad y, al mismo tiempo, envalentonada por las experiencias

de reciente data. Cuando en 1908 el canciller zarista, Alejandro Izvolsky –asustado por la reacción suscitada en su país al momento de haberse hecho público en la capital austríaca el acuerdo al que habían llegado para la anexión de las provincias de Bosnia y de Herzegovina– se negó en redondo a reconocer su responsabilidad en el asunto y amenazó con desconocer su compromiso, fue Alemania la que puso punto final al asunto. Poco menos intimó a San Petersburgo a aceptar la palabra empeñada o a asumir las consecuencias de su negativa. A partir de ese verdadero ultimátum berlinés, quedaron varias cosas en claro: Viena se sintió respaldada en toda la línea y extrajo la conclusión –cierta en buena medida– de que en una crisis de envergadura, en donde tuviese enfrente a Rusia, podría contar siempre con el respaldo germano. En cuanto al gobierno zarista, entendió hasta dónde el protocolo de entendimiento con los ingleses, de 1907, no incluía, ni mucho menos, el aval del *Foreign Office* para avanzar sobre los estrechos del Mar Negro y cumplir la vieja aspiración rusa de tener salida a los “mares calientes”. No solo eso. Si de parte del imperio austrohúngaro había existido un intento de resolver pacíficamente los problemas balcánicos, en marzo de 1909 esa política quedó definitivamente clausurada. No puede atribuirse a la casualidad el nombramiento, en el otoño de ese año, de Nikolai Hartwig, un eslavófilo de tomo y lomo, feroz enemigo de Viena, como embajador en Serbia, donde se convirtió en el principal impulsor de las corrientes ultranacionalistas de esa nación.

Muerto el archiduque y su mujer, Viena y Budapest debían obrar de tal manera que su *status* en la geopolítica balcánica no sufriera un revés intolerable. Si por temor a una guerra retrocedían ante la afrenta recibida y aceptaban excusas para salvar las formas, habrían perdido el prestigio y el poder que a esa altura no le sobraban. El imperio multinacional, corroído como estaba por sus divisiones intestinas y las contradicciones que anidaban en sus instituciones bicéfalas, no podía darse el lujo de dilatar más

tiempo la resolución de sus diferencias con Serbia. Para ello era imprescindible el apoyo de Berlín.

El 29, Conrad fue partidario de movilizar la maquinaria bélica imperial de manera inmediata, mientras Berchtold adujo que todavía no había pruebas suficientes de la responsabilidad de Belgrado. Francisco José respaldó este parecer y ordenó que nada se haría hasta que el barón Tisza pudiera opinar. En realidad Viena dependía no tanto de Budapest como de Berlín. Por eso el conde Hoyos –uno de los representantes de la línea dura de la *Ballhausplatz* fue enviado de inmediato a entrevistarse con el Kaiser y con su canciller para determinar luego qué línea de acción tomar. El 5 de julio, Conrad le preguntó a Francisco José si, en el caso de que Alemania los respaldase, ello significaba la guerra. Su respuesta fue un rotundo sí.

Hoyos no se anduvo con rodeos en Berlín y adelantó que el plan de su país era desmembrar a Serbia dejándola reducida a su mínima expresión en beneficio de Bulgaria, Rumania, Albania y hasta de Montenegro. Por supuesto, la parte del león se la llevarían ellos. La reacción alemana colmó entonces las aspiraciones de su principal aliado: recomendó celeridad. Cuanto antes mejor –fue la respuesta– en la creencia de que Rusia no intervendría. Berlín le otorgó, inicialmente al menos, un “cheque en blanco” a su socio en la Alianza Dual con la idea de generar un hecho consumado, antes de que las grandes potencias pudiesen reaccionar.

A esa altura se cruzaron en el camino de Conrad dos problemas, insolubles en el corto plazo: la imposibilidad de mover el ejército ya que todas sus unidades habían sido licenciadas hasta el 23 de julio. Si, para remediarlo, impartía la orden de que volvieran esos cientos de miles de soldados a sus respectivas guarniciones, habría puesto en sobreaviso al resto de Europa. El segundo inconveniente fue la reunión del consejo de ministros del Imperio, del 7 de ese mes, en la cual impuso su posición Tisza, siempre cauto y opuesto a cualquier arresto de carácter militar. Su brega

por una salida diplomática, que dejase a salvo el honor austrohúngaro, no implicaba ni la anexión ni el desmembramiento serbios. Sostuvo el funcionario magiar que no creía que hubiese ninguna razón imperativa para tomar el camino de la guerra. Al menos en ese momento. Al propio tiempo, aconsejó plantearle una serie de demandas firmes a Belgrado, con la condición de que pudiesen ser consideradas y aceptadas. De nada valía, según él, poner al gobierno de Pasic contra la pared. Entre otros motivos porque Rusia no permitiría la aniquilación de su protegida en la región. La solución, pues, debía ser diplomática, no bélica. Serbia recibiría, así, una lección que no olvidaría y, si fuera posible, era conveniente integrar a Bulgaria a la Triple Alianza.

Chocaron en ese momento dos posiciones: la de Tisza y la del resto del consejo convencido de que una victoria en la mesa de negociaciones resultaba insuficiente. Aun con la convicción de que avanzar contra Serbia suponía el ingreso de Rusia en la guerra –algo de lo cual Viena estaba mucho más convencida que Berlín– para Berchtold, Conrad y el mismísimo Francisco José no existían alternativas fuera de poner al pequeño e insolente enclave eslavo en su lugar, diezmándolo mientras hubiera tiempo. En esta postura las autoridades vienesas –no tanto Tisza– se mantuvieron firmes hasta el 4 de agosto.

En consonancia con el pedido –no con el espíritu– del premier húngaro de enviarle una nota terminante a Belgrado antes de decidir qué hacer, los halcones vieneses pusieron manos a la obra. A ellos les tocó redactar el memorándum que agravó la crisis cuando Serbia –respaldada por el zarismo, que el 25 de julio le hizo conocer su voluntad de comenzar la movilización–, se sintió lo suficientemente segura como para rechazar los puntos 5 y 6 de un documento escrito, a propósito, para resultar inaceptable. Viena le exigía a Belgrado que legitimase la presencia austrohúngara en suelo serbio a fin de investigar el crimen y de suprimir las organizaciones subversivas que atentasen contra la integridad

de la monarquía dual. El memorándum, según los cálculos de la *Ballhausplatz*, no se presentaría hasta el 23 de julio, una vez que las tropas imperiales se hubieran reincorporado a sus respectivas unidades y que el presidente de Francia hubiese finalizado su visita oficial a San Petersburgo y se encontrase en alta mar.

La astuta estrategia vienesa dependía de la sorpresa, que un manejo poco profesional de Berchtold echó a perder. Sea porque deseó poner a consideración su plan, haciendo que alguien entendido en la materia pero sin responsabilidades en el seno del ministerio lo escuchase y le diese su opinión, o porque necesitaba compartir el secreto, lo cierto es que el canciller convocó a un viejo amigo, diplomático retirado, von Lützow, a departir con él a mediados de julio. Confiaba en su discreción y era lógico que así fuese tratándose de un ex-funcionario de la *Ballhausplatz*. Craso error. Terminada la reunión, el interlocutor de Berchtold le contó cuanto había escuchado al embajador británico en Viena, Maurice de Bunsen quien, a su vez, hizo dos cosas. La primera, poner en autos al *Foreign Office* del asunto y la segunda –desastrosa para los austríacos– comentarle el tema a su par ruso en la capital vienesa. El 18 de julio Sazonov estuvo al tanto de la *jugada maestra* austrohúngara y tuvo el suficiente tiempo para reaccionar.

Los serbios recibieron el memorándum sin inmutarse. Hasta ese momento habían dado pocas señales de vida y no se habían molestado en lo más mínimo de investigar el asesinato de Francisco Fernando, negando –como no podía ser menos– todo vínculo con los responsables del magnicidio. Leído el documento, su reacción fue similar, en última instancia, a la de los austríacos luego del 28 de junio: mientras estos consultaron a Berlín, aquellos hicieron lo propio con San Petersburgo. Pasic le pidió a su embajador en esa ciudad que se interiorizase de cómo pensaban en la corte rusa. Por su lado, Alejandro I le envió un telegrama clave al zar. Le decía que su país no estaba en condiciones de defenderse a sí mismo y que se hallaba dispuesto a aceptar cual-

quiera de los puntos del memorándum austríaco recomendado por Nicolás II.

Bajándose de su espíritu belicista de los días anteriores, Pasic pareció inclinado a acatar las demandas austríacas. Inclusive en el mensaje que le hizo llegar a las legaciones diplomáticas de Serbia anunció que sería “conciliador en todos los puntos” y le daría satisfacción a Viena. Si verdaderamente este era su parecer, no lo sabremos nunca. Lo que sucedió luego fue consecuencia directa de las noticias y cables que llegaron a Belgrado desde San Petersburgo entre las 4.17 am y las 11.30 am del 25, del embajador Spalajkovic. El primero daba cuenta de una conversación mantenida con Sazonov en la que éste le había informado que no podían aceptarse tamañas demandas –se refería al memorándum austríaco– sin suicidarse. Pero, además, le hizo saber tres cosas de la mayor importancia para que las retransmitiese a su gobierno: el respaldo extraoficial ruso; la necesidad del zar, antes de adelantarle a Pasic y a Alejandro I una palabra definitiva, de discutir cuestiones de máxima trascendencia con los franceses, y el pedido, hasta nuevo aviso, de retirar las tropas de Belgrado hacia el interior y evitar un enfrentamiento con los austríacos, si estos decidían invadirlos.

En el segundo telegrama reportó una novedad de bulto: Rusia había resuelto tomar medidas enérgicas, inclusive la movilización de sus ejércitos y, en las próximas horas, era probable que redactase un comunicado en donde anunciaría que protegería a Serbia. Por fin, a las 8 pm del 25 de julio Spalajkovic envió un último telegrama anotando las nuevas que acababa de recibir de parte de su agregado militar, recién llegado de la residencia de verano del zar, en Tsarskoye Seló. El jefe del estado mayor ruso le había asegurado que estaban preparados para la guerra y resueltos a proteger a sus hermanos menores eslavos a cualquier precio. Con semejante reaseguro Belgrado, si acaso tenía dudas, descartó de cuajo toda respuesta conciliatoria.

Sazonov quería la guerra

Desde que la noticia del asesinato se hizo conocer en San Petersburgo, el gobierno zarista adoptó una línea de conducta con base en el siguiente razonamiento: ningún estado soberano podía ser responsabilizado por la acción de ciertas personas o grupos políticos –aun cuando fuesen oriundos de su territorio– desenvuelta fuera de sus fronteras. Dicho en otros términos, Belgrado no debía rendir cuentas por cuanto habían hecho Princip, Cabrinovic y los demás complotados. Esta posición quedó clara en las conversaciones mantenidas por Sazonov con el encargado de negocios austrohúngaro en Rusia, Ottokar von Czernin, el 5 de julio, y con el embajador vienes ante el zar, Fritz Szapary, trece días después. Curiosamente, o no, el presidente galo, veinticuatro horas antes de la reunión de Sazonov con Czernin, le dijo al embajador de Francisco José, en París, casi lo mismo: que no había pruebas de la participación o tolerancia de las autoridades serbias en el asesinato, y que, si Austria decidiese actuar en contra de Belgrado, ello repercutiría de manera negativa en Francia.

Los rusos se enteraron de la existencia del documento (ultimátum) austríaco a Serbia en general, es decir, sin conocer el texto. Ello no obstó para que el ministro de Relaciones Exteriores zarista le advirtiera al embajador germano en San Petersburgo que no sería indiferente ante un ataque a Belgrado cuyo objetivo fuese su humillación. Al zarismo nunca le interesó saber si había razones para sospechar de su aliado. En ningún momento de la crisis le sugirió –como sí hicieron Londres, Berlín y Roma– realizar una investigación a fondo para satisfacer las demandas austríacas. Pasic, claro está, es lo último que hubiese hecho por una razón atendible: habrían quedado al descubierto las relaciones de Apis con su gobierno.

En las semanas inmediatamente posteriores al asesinato, existían tres posiciones irreductibles en Europa: la de Serbia, ne-

cesitada de transformar un conflicto localizado en otro más amplio o, en su defecto, aceptar el memorándum; la de Austria-Hungría que –sintiéndose respaldada por Alemania– deseaba aniquilar a su insolente vecino, aun corriendo el riesgo de que el conflicto no quedase circunscripto a los Balcanes; y la de Rusia, que merece párrafo aparte. De los muchos mitos contruidos desde 1914 en adelante –con amplia recepción en la historiografía acerca de la Gran Guerra– el de las relaciones ruso-serbias es proverbial. Que el zarismo, asumiendo sus derrotas en la guerra de 1905 contra Japón y en la crisis de Bosnia, esto es, en el extremo oriente tanto como en los Balcanes, quisiese preservar la independencia serbia, mucho más si iba a ser fagocitada por Austria-Hungría, resulta cierto. Ello no implica, sin embargo, que hubiese secundado la política expansionista de Belgrado en la cuenca del Danubio sin beneficio de inventario. Claramente no fue esta su posición en 1908 y nunca vio con buenos ojos la pretendida salida de su aliado al Adriático. En la primera crisis de Bosnia, el gobierno de Pasic había reclamado, a cambio del reconocimiento de la anexión austríaca, compensaciones de carácter territorial que Izvolsky se negó en redondo a concederle. Este criterio ruso volvió a prevalecer en la segunda de las guerras balcánicas, cuando Austria-Hungría intimó al ejército serbio a retirarse de Albania, cortando en seco la posibilidad de que pudiese tener salida al mar. Sazonov, contra lo que podría esperarse, si verdaderamente el zarismo hubiese secundado en toda la línea a Belgrado, no cerró filas con éste. Coincidió, en la oportunidad, con la política vienesa.

De aquí que sea legítimo preguntarse si el ingreso de Rusia a la guerra se debió a la crisis generada a raíz del asesinato del archiduque y el posterior pedido de auxilio serbio, o si Sarajevo fue la ocasión hallada a los efectos de disfrazar la principal reivindicación geopolítica del zarismo: el control de los estrechos del Mar Negro. En realidad, Serbia fue menos una excusa que la oportunidad propicia para lograr, con la posible desaparición del

Imperio turco, la tan soñada llegada a *los mares calientes*. “There are several important observations to be made here. The first is that, at the last planning conference of Imperial Russia’s leading civilian and military officials before the July crisis, there was no mention of Serbia and only passing reference to the mobilization timetable against Germany and Austria-Hungary. The strategic issue of the day was clear and unambiguous: Constantinople and the Straits” (Aquí hay que hacer varias observaciones importantes. La primera es que, en la última reunión de planeamiento de los principales oficiales civiles y militares de la Rusia imperial antes de la crisis de julio, no se habló de Serbia y se aludió en forma meramente tangencial al cronograma de movilización contra Alemania y Austria-Hungría. El tema estratégico del día fue claro e inequívoco: Constantinopla y los Estrechos.)⁶.

Si algo queda al descubierto en la serie de documentos cruzados entre Sazonov; su embajador en Londres, Conde Alexander Benckendorff; el canciller inglés, Edward Grey y el primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, entre enero y julio de 1914, es que la inquietud primordial de San Petersburgo ni por casualidad eran los Balcanes. Al zarismo le quitaba el sueño la construcción de dos *dreadnoughts* —el *Sultan Otman I* y el *Reshad V*— en los astilleros británicos, a punto de ser entregados a la *Sublime Puerta*. Ello, en caso de concretarse, hubiera significado un cambio definitivo del equilibrio de poderes en el Mar Negro.

Turquía estaba en decadencia y se lo llamaba “el gran enfermo de Europa”. Todas las potencias de relevancia consideraban que tenía los días contados, o sea, que más temprano que tarde desaparecería del mapa dejando jirones de su integridad en el camino. Si a un gobierno esta presunción no podía pasarle desapercibida, era al zarista. Más allá de las razones estratégicas que

⁶ Sean McMeekin, *The Russian Origins of the First World War*, The Belknap Press, London, 2011, *op. cit.*, pág 35.

no se necesitan explicar, los estrechos del Mar Negro tenían para Rusia una importancia económica trascendental: la suerte del 90% de su exportación de granos salía por ese mar. Unas 20 millones de toneladas debían pasar por el Bósforo sin posibilidad, en caso de que los estrechos quedasen cerrados, de acceder al mercado mundial por otra ruta alternativa. Por ello cobra sentido el memorándum que, el 6 de enero de 1914, le envió Sazonov al zar, adelantándole la idea de ocupar y fraccionar el imperio otomano de común acuerdo con Francia y Gran Bretaña. El plan consistía en que los franceses desembarcasen en Beirut, los británicos en Esmirna y los rusos en Trabzon, con el propósito de presionar al Sultán para que pusiese término a la misión del general Von Liman en Constantinopla. En realidad, detrás de ese afán se agazapaba el proyecto real: repartirse el citado imperio.

Una semana más tarde se reunió el Consejo de Ministros para discutir la posibilidad de provocar un conflicto por el caso Von Liman, que se había instalado en Turquía –fruto de un acuerdo con Alemania– para ser instructor general de sus ejércitos. De todos los presentes, tan solo el primer ministro Kokovtsev se opuso de manera terminante. Fue una de sus últimas intervenciones. Despedido un mes después, su lugar fue ocupado por Sazonov. En ese conclave, quedó también en claro la confianza del generalato zarista. Como el *premier* le preguntó al ministro de guerra y al jefe del Estado Mayor si Rusia podía sostener una guerra contra Alemania, la respuesta no se hizo esperar. Contestaron que sí y ni qué hablar contra Austria. Pero el aspecto de mayor importancia allí tratado fue la convicción de Sazonov y del partido militar –cuyos miembros más intransigentes eran, nada menos, los grandes duques Nicolás y Pedro Nikolaievich– de que el control de los estrechos sólo podía conseguirse como consecuencia de resultar victoriosos en una guerra europea.

En términos de las relaciones francorusas y de sus planes en los días inmediatos anteriores al estallido de la guerra, hay un

acontecimiento que ha dado lugar a todo tipo de conjeturas: la visita que los dos más importantes funcionarios de la Tercera República le prestaron a sus aliados desde el 20 al 23 de julio. Como no se han encontrado documentos de lo tratado, lo que existen son especulaciones. Vayamos por partes. No hay duda de que las instrucciones de Sazonov a su embajador en Viena y su advertencia a los embajadores de los dos imperios centrales en San Petersburgo, fueron similares a las del presidente Viviani a Alfredo Dumaine, embajador francés ante el gobierno de Francisco José. Antes de hacerse público el ultimátum de Austria-Hungría a Serbia, y de poder leerlo detenidamente, rusos y franceses le hicieron saber a Francisco José que se abstuviera de levantar demandas que pudieran violar la soberanía de su peón balcánico. A propósito se cruzaron en el camino de la monarquía dual, acorralándola. Como era obvio que Viena no se iba a dejar intimidar ni pensaba modificar sus planes, ello comportaba un riesgo bélico enorme, que rusos y franceses asumieron con plena conciencia. No por nada, cuando se enteró del envío del ultimátum austríaco a Belgrado, el día 24, Sazonov pronunció una frase célebre: “C’est la guerre européenne” (Es la guerra europea).

Ni bien la delegación francesa abandonó Rusia volvió a reunirse el Consejo de Ministros y tomó una serie de medidas que ya habían sido anticipadas de hecho por Sazonov. Siete días antes le había dicho al embajador británico que su país no sería indiferente si Austria intimidaba a Serbia –algo que sabía que iba a ocurrir– y, si pasaba, podría verse forzado a adoptar determinadas medidas militares precautorias. En realidad, le dejaba saber cuanto ya tenía decidido hacer y llevó a la práctica el 24, acordando con el jefe de estado mayor, Nikolai Yanuschkevitch, en horas de la mañana, que tuviese listo su plan de movilización parcial del ejército, para discutirlo en el cónclave de la tarde. Lo significativo –por llamarlo de alguna manera– es que Rusia carecía de semejante plan y Sazonov no desconocía el dato. La idea era impracticable a menos

que resultara una excusa del canciller y del jefe militar de mayor jerarquía en las filas zaristas, a los fines de amenazar también a Alemania. Por incompetente que haya sido el mencionado oficial superior e inexperto que fuera el jefe de gobierno en materia castrense, es imposible pensar que ignoraran algo tratado dos años antes en circunstancias semejantes. El plan ruso, una vez puesto en marcha, requería la movilización simultánea contra los dos imperios centrales.

Ese mismo día Sazonov le envió un telegrama al consejero en su embajada en Belgrado, pidiéndole a Serbia que no ofreciese resistencia si fuese atacada, en tanto el gabinete ruso convalidaba el curso bélico. De lo contrario, qué sentido tenía darle instrucciones al ministro de finanzas de repatriar los fondos depositados en bancos alemanes y ordenar la movilización de las flotas del Báltico y el Mar Negro y del distrito de Odessa, ninguno de los cuales lindaba ni con Austria-Hungría ni con Serbia. Lo que se ordenó, en rigor, fue una movilización secreta que pareció tener dos móviles: forzar la contienda y apuntar, al margen de los Balcanes y de Serbia, a Constantinopla. Como sostiene Sean McMeekin, “Russia’s war, it should by now be abundantly clear, was fought not for Serbia, but to achieve control of Constantinople and the Straits. Contingent peculiarities of the Sarajevo outrage aside, control of the Straits was Russia’s first strategic priority at the time of the Bosnian crisis of 1908-1909, the First Balkan war in 1912, the Second Balkan War in 1913, the Liman affair of winter 1913-1914 (and) the diplomatic crisis over the British-Turkish dreadnoughts in April-June 1914...” (La guerra de Rusia, ya debiera estar claro, se peleó no por Serbia sino por el control de Constantinopla y los Estrechos. Al margen de algunas peculiaridades contingentes del ultraje de Sarajevo, el control de los Estrechos fue la prioridad estratégica rusa en la crisis bosnia de 1908-1909, en la Primera Guerra Balcánica en 1912, en la Segunda Guerra Balcánica en 1913, en el asunto Liman del invierno de 1913-1914

(y) en la crisis diplomática a raíz de los acorazados anglo-turcos en abril-junio de 1914...)⁷

Que se haya tratado de alivianar la medida con arreglo a la formalidad de llamarla “Período preparatorio para la guerra” no cambiaba las cosas. Ya Kokovtsev, en 1912, había expresado que, prescindiendo de considerar cómo se la definiese, “una movilización seguía siendo una movilización”. No diferente fue el parecer de Maurice Paléologue quien anotó en su diario, el 25 de julio a las siete de la tarde, en oportunidad de despedir en la estación Varsovia a Islovsky, a punto de partir con destino a París: “Los trenes se hallaban repletos de oficiales... y parecía una movilización. Rápidamente intercambiamos impresiones y llegamos a la misma conclusión, ‘es la guerra’”. No esta de más recordar que Paléologue, como el agregado militar galo, el general Pierre de Laguiche, una vez comenzada la movilización rusa, respaldaron la medida tomada por Sazonov y el Zar. Si con la anuencia clara de Poincaré y de Viviani, es asunto abierto a debate.

Hubiera sido extraño que Alemania contemplara los acontecimientos como un espectador no comprometido. Sobre todo ante tamaño movimiento de tropas de su vecino. Lo que notaron Paléologue y su par británico Buchanan no podían ignorarlo el agregado militar germano, el embajador Pourtales y los cónsules con asiento en Moscú, Kiev y Odessa. Todos informaron a sus jefes naturales y sacaron las mismas conclusiones. Pourtales, por supuesto, no le creyó una palabra a Sazonov al expresarle, el día 26, su preocupación y recibir como respuesta de éste que le daba su palabra de honor y le aseguraba no haber impartido ninguna orden de movilización. Qué otra cosa habría podido sospechar Berlín. En sus narices y a partir del 24 de julio, cientos de miles de soldados con sus correspondientes pertrechos se habían puesto en movimiento. Suponer que los rusos, en el brete de responder, iban

⁷ Sean McMeekin, *op. cit.*, pág 239.

a admitir lo inadmisible, era poco realista. Pero creerle a Sazonov implicaba un suicidio anunciado. Así y todo, los ejércitos comandadas por Moltke comenzaron su propia movilización recién el 29, cinco días después de los rusos, y no en razón de la declaración de Sazonov –esa sí publica– de que Rusia había movilizado parcialmente en contra de Austria, sino por el peligro que entrañaba, para su seguridad nacional, darle al ejército zarista la ventaja de mover sus fichas, a vista y paciencia de Europa, mientras los soldados del Kaiser permanecían en cuarteles de invierno.

Por si faltasen evidencias del juego de ocultamiento zarista, dos testimonios –de no poca monta– despejan cualquier duda. Cuando Nicolás II le escribió a su primo el Kaiser, en la noche del 29, que las medidas militares que le preocupaban habían sido “decididas cinco días atrás”, Guillermo II no tuvo más opción que darse cuenta de que el zar lo había engañado, y lo obligaba a actuar de inmediato. La segunda confesión fue hecha por el oficial superior encargado de la movilización rusa, general Sergio Dobrovolskii. Reconoció que, al momento de reunirse el Consejo, el 24, la guerra “era un asunto decidido”.

Las idas y venidas de Berlín

¿Hubo un cheque en blanco –del cual tanto se ha hablado y escrito– librado por Alemania a su aliado germánico, en el curso de las reuniones que mantuvo el conde Hoyos en Berlín y en los días inmediatamente posteriores? Y si lo hubo ¿qué naturaleza y alcances tenía? Es verdad que el Kaiser, tan dado a rabieta, en el margen del mensaje que recibiera de su embajador en Viena, Heinrich von Tschitschky, a principios de la crisis, en donde le hacía saber su consejo a las autoridades imperiales de que fuesen cautas, escribió: “Ahora o nunca... es hora de terminar con los serbios”.

Enterado el representante diplomático alemán del enojo del Kaiser, cambió de discurso y pasó a ser un predicador de la línea dura en la capital austríaca. También es cierto que en el conclave que se llevó a cabo en Postdam, el 5 y 6 de julio, presidido por Guillermo II, flanqueado por su canciller, Berthmann Hollweg, y los principales jefes militares del Reich, la opinión prevaleciente fue: ¡ya! Austria-Hungría debía actuar contra Serbia de inmediato. Lo que ignoraban los principales responsables del gobierno alemán era algo que su embajador en Viena no les había comunicado –porque lo ignoraba– y Hoyos se cuidó de mencionar: la postura disidente de Tisza. Sin la anuencia de éste, la estrategia recomendada por los alemanes de actuar cuanto antes carecía de sentido.

Los testimonios sobre el particular coinciden en esto, con el siguiente agregado: que, inexplicablemente, Berlín no le exigió a su aliado la obligatoriedad de consultarlo antes de poner en marcha un mecanismo sin retorno. Ello explica por qué el emperador Francisco José, Berchtold y Conrad –que el 28 de junio no habían dado un paso sin antes pedir el visto bueno del Kaiser– hayan enviado el ultimátum a Serbia, el 23 de julio, sin recabar su opinión. La premisa de Berlín era que Rusia no intervendría y la contienda, en caso de estallar, podría quedar circunscripta a los Balcanes. Pero si el gobierno zarista no se resignaba a otra humillación –como la de cuatro años atrás, en Bosnia– y secundaba a Belgrado, resultaba preferible ir a la guerra y no esperar a que el zarismo terminase de rearmarse y de construir su red ferroviaria que le otorgaría ventajas considerables sobre los signatarios de la Alianza Dual.

Esta resultó la posición germana hasta el sábado 25 de julio. Como lo puso por escrito el embajador de Austria en Berlín, conde Szögyeny, a su jefe inmediato, Berchtold, Berlín consideraba que, si la respuesta de Belgrado al ultimátum no satisfacía las expectativas, “our declaration of war and war operations will follow immediately. Here every delay in the beginning of war ope-

rations is regarded as signifying the danger that foreign powers might intervene. We are urgently advised to proceed without delay and to place the world before a *fait accompli*” (Seguirá de manera inmediata nuestra declaración de guerra y operaciones bélicas. A esta altura, toda demora en el comienzo de operaciones bélicas significa el peligro de que intervengan otros poderes extranjeros. Se nos aconseja urgentemente el proceder sin demora y presentarle al mundo un hecho consumado)⁸. Lo increíble del asunto es que los alemanes respaldaban una acción inmediata aun cuando sabían que le llevaría a su aliado dos semanas más antes de estar en condiciones de ejecutarla. Lo cual implicaba clausurar la posibilidad –sobre la que descansaba en buena medida su estrategia– de presentarle a Europa un hecho consumado. El gobierno de Postdam le dio un espaldarazo al de Viena con base en la suposición de que Rusia se mantendría al margen. Ignoraba que el zarismo ya había adoptado una postura beligerante sin importarle el costo.

Ahora bien, al conocer la respuesta de Serbia al ultimátum austríaco, el Kaiser cambió de opinión, dando un giro verdaderamente copernicano. Consideró que Belgrado había capitulado, o poco menos, y que las reservas serbias respecto de algunas demandas que consideraba inaceptables podían zanjarse en una negociación en la que él se ofrecía como mediador. En cuestión de horas, pues, Berlín pasó de ser el único impulsor con capacidad de darle aire al belicismo austrohúngaro, a asumir el papel de abogado de una solución diplomática. Eso lo puso de manifiesto Bethmann Hollweg el miércoles 29, en horas de la noche, con el envío de dos telegramas urgentes a Tschirschky a Viena. Le informaba en el primero que, a los efectos de evitar una “catástrofe general”, era necesario aceptar la vía de la negociación y, casi por lógica consecuencia, algún genero de mediación que dejase a salvo el honor imperial. Le advertía, asimismo, acerca del peligro de que Gran Bretaña respaldase a Rusia y a Serbia, mientras Rumania e

⁸ Ponting, *op. cit.*, pág 132.

Italia se declarasen neutrales. En el segundo mensaje insistía sobre la necesidad de que Viena mantuviera un canal abierto con San Petersburgo. Debía ser claro al respecto: Berlín se atendería a sus obligaciones, derivadas de la Alianza Dual, pero se negaba a ser arrastrada a una contienda mundial.

La última posibilidad de detener a los austríacos se frustró porque el conde Tschirschky, en conocimiento de que Conrad y Berchtold tratarían de convencer al viejo emperador de la conveniencia de una movilización general, no mencionó el tema en el telegrama que remitió a su cancillería el martes 30, a las 5.20 p.m. Inclusive al día siguiente tampoco informó a su superior inmediato de lo que por esas horas sabía: que Francisco José había aceptado la sugerencia de sus dos principales colaboradores del campo civil y militar.

La contestación, expresada a través del canal diplomático de Tschirschky, fue una obra maestra de la indefinición. *Sí, pero no*, pareció ser la respuesta de un gabinete de guerra donde ninguno de los presentes —el Emperador, Berchtold, Conrad, Hoyos y el ministro de guerra, Alejandro von Krobatin—, demostraron tener ánimos conciliadores. A esa altura nadie quería un arbitraje o una solución diplomática. Los austrohúngaros estaban rabiosos. Sería aventurado sostener, como si fuese una certeza, que jugaron a las escondidas con su garante de última instancia al darse cuenta que las recomendaciones de Berlín podían ignorarse en tanto y en cuanto el Kaiser no estaba en condiciones de romper con el único aliado de peso que le quedaba en Europa. Sin embargo, eso sucedió. La política que acordaron Berchtold y Conrad, de foguear la crisis y recomendarle al anciano Francisco José la movilización general, en dirección de Belgrado y también de Galitzia, lo confirmó.

Es fácil especular acerca de cuál hubiera sido la reacción de Berlín de haberse enterado el 29 de cuanto planeaban los austríacos, contradiciendo sus deseos. Casi seguramente habría intentado ponerles un freno. Mucho más difícil es imaginar la réplica

vienesas, convencidos sus líderes de que las negociaciones a las que querían atarlos los alemanes minaban el ya roído prestigio de la corona bicéfala. Como quiera que sea, el 28 fue Berchtold el que llevó las cosas al límite y le declaró una guerra a Serbia que todos sabían en Viena que no iba a comenzar de inmediato. Contrariando de manera flagrante la inicial estrategia fijada durante la permanencia de Hoyos en Berlín, el canciller austríaco hizo todo al revés. Una declaración como la del 28 de julio, que no se materializaría en el campo de combate hasta catorce días después, representaba un contrasentido militar y una locura diplomática.

Antes de esta tragedia de enredos, Sazonov, con la anuencia primero algo renuente y luego decidida de Nicolás II, se había salido con la suya e impuesto el criterio de movilizar los ejércitos zaristas en todas las direcciones. Con la particularidad de que, al tiempo de dar las órdenes pertinentes, el primer ministro sostenía, frente a los reclamos y pedidos de explicaciones de Berlín, que no existía tal movilización y, si la hubiese, no significaba necesariamente la guerra. Bethmann Hollweg, a esta altura, le había perdido toda la confianza a su par de San Petersburgo. Al hablar en el *Bundesrat* informó que, tanto Rusia como Francia, estaban tomando unas medidas que revelaban de manera inequívoca sus intenciones bélicas. Era cierto respecto de aquella, todavía no de esta. De cualquier manera, Alemania, por la naturaleza del Plan Schlieffen, se enfrentaba al siguiente problema: las tropas del Reich debían, en una etapa inicial, enderezar todo el peso de su maquinaria de guerra en contra Francia y mantener, de cara a Rusia, posiciones defensivas. Por paradójico que suene, debía declarar la guerra al zar –al cual en principio no atacaría– y sólo después a la república gala, sobre la que se lanzaría primero. De tal manera se echaba encima la responsabilidad formal de haber dado inicio al conflicto.

La señalada no era una cuestión baladí. Por un lado, la política había quedado atrapada en la telaraña de las necesidades militares de Moltke y sus mariscales y, por el otro, si era Alemania

la que daba ese paso, abría la posibilidad –por la índole de su sistema de alianzas– de que Rumania e Italia no se sintiesen obligadas a respaldar al Kaiser. Habían aceptado hacerlo en caso de que Alemania fuese la agredida y no la agresora. El otro dato de consideración mencionado antes era que, predeterminados como estaban los tiempos de movilización germanos y entendido que la violación de la neutralidad belga era una parte esencial de su estrategia, las posibilidades de que Inglaterra permaneciese neutral se reducían.

Londres y París, a la vista

Conviene, a esta altura del relato, hacer entrar en escena a Francia e Inglaterra no porque hasta ese momento no hayan tenido participación en la serie de negociaciones tejidas inmediatamente después del asesinato de Francisco Fernando, sino porque su protagonismo cobró vuelo, en forma notable, en los últimos quince días, poco más o menos, antes del comienzo de las hostilidades.

Cuando Maurice Paléologue –que tanta trascendencia acreditó en la crisis de julio– fue designado embajador de la Tercera República ante la corte zarista, el ministro de relaciones exteriores, Gastón Doumergue, le dio instrucciones precisas. Le dijo, en pocas palabras, que la guerra podía estallar en cualquier momento y, por lo tanto, la seguridad francesa dependería de la velocidad y determinación de los rusos a la hora de movilizar sus tropas. No le agregó, porque no necesitaba aclarárselo, que la prioridad rusa debía ser Alemania y no Austria-Hungría. Se estimaba en ese entonces, y no sin razón, que los alemanes serían los más rápidos a la hora de movilizarse y los rusos los más lentos. Como el blanco de Berlín era dejar fuera de combate a Francia en 42 días, resultaba vital que el zarismo abriese de inmediato un segundo frente

colocando a los alemanes entre dos fuegos. Por eso, prescindiendo de considerar los riesgos emergentes de una movilización rusa, los galos nunca tuvieron la más mínima intención de ponerle paños fríos al belicismo de Sazonov.

En 1912 Raymond Poincaré le ofreció al zarismo, por primera vez, una garantía de respaldo absoluto en el supuesto de que, ante el eventual enfrentamiento de Austria y Serbia, Rusia cerrase filas junto a Pasic. Recién nombrado jefe de gobierno y titular de la cartera de Relaciones Exteriores de la República, Poincaré, en las conversaciones que mantuvo con Izvolsky, en París, le extendió una garantía absoluta a su aliado. Cosa que frente al mismo interlocutor repitió, en septiembre y en noviembre, mientras se desarrollaba una guerra balcánica de gran intensidad, que tendría un segundo capítulo meses más tarde.

A mediados de noviembre de 1912, Sazonov sondeó la opinión de Londres y de París respecto del siguiente escenario: una ofensiva austrohúngara contra Serbia seguida de una respuesta militar rusa a Viena. Las respuestas que recibió el canciller de Nicolás II fueron diametralmente distintas. Mientras Grey, con entera lógica, le hizo saber que no podía contestarle, dado el carácter abstracto del planteo, Poincaré no dudó y le dijo que, si estallase un conflicto armado en los Balcanes, Rusia recibiría el apoyo de su país. La guerra rusa también sería francesa. Días después, en una conversación con el embajador italiano en París, sin andarse con vueltas, expresó: “should the Austro-Serbian conflict lead to a general war, Russia could count entirely on the armed support of France”⁹. (Si el conflicto Austro-Serbio desembocare en guerra generalizada, Rusia contará con el respaldo armado absoluto de Francia).

Poincaré no pudo hacer tamañas confesiones y asumir semejantes compromisos sin haberlos consensuado antes con el Pre-

⁹ The Sleepwalkers, *op.cit.*, pág 298.

sidente de la República. Por ende, quedaba formalizado un acuerdo gatillo referido, específicamente, a la única región explosiva de Europa, y dejaba en manos de los rusos una enorme responsabilidad, derivada del siguiente hecho: Francia no tenía intereses vitales en esa zona, mientras que para Rusia la cuenca del Danubio y lo que allí sucediera era una de sus principales prioridades geopolíticas, solo superada por Constantinopla y los estrechos del Mar Negro.

Nadie sabe qué decidieron las autoridades zaristas y los líderes de la Tercera República en San Petersburgo, entre el 20 y el 23 de julio. No obstante, sería ilógico pensar que Nicolás II, Sazonov, Poincaré y René Viviani, asistidos por Paléologue, no hayan pasado revista, con precisión de detalle, a la situación política continental, luego de lo ocurrido en Sarajevo. Fuera inconcebible suponer que, en conocimiento de la existencia del ultimátum austríaco –que todavía no se había presentado a Belgrado– los rusos se lo hubieran ocultado a sus principales aliados. Todo hace suponer que acordaron un curso de acción en términos de cómo reaccionar frente al ultimátum, una vez que tomase estado público, y de cuál sería la posición de ambas si se precipitasen los acontecimientos.

La postura adoptada por Sazonov de recusar la legitimidad del ultimátum, antes de conocer los términos de su redacción, y la similar posición de Poincaré, cuando se reunió el 21 de julio con el embajador del imperio austrohúngaro, Federico Szapáry, en San Petersburgo, dan la impresión de que habían unificado posiciones. De ahí la confesión de Sazonov a su representante en Viena, Nicolas Shebeko, en la noche del 22-23 de julio, después de sus entrevistas con Poincaré: “From my discussions with (Poincaré) it clearly emerges that also France... will not tolerate a humiliation of Serbia” (De mis conversaciones con Poincaré se desprende que tampoco Francia tolerará la humillación de Serbia)¹⁰.

¹⁰ The Russian origins..., *op. cit.*, pág. 53

Lo cierto es que, a partir del momento en que se separaron las dos delegaciones, obraron de consumo y dejaron en claro que no aceptarían ninguna presión austrohúngara a Serbia. Que la autocracia zarista y la república gala se plantaran ante Viena y le advirtieran que no avanzase más de la cuenta en contra de Belgrado no significaba, necesariamente, que en sus veladas de San Petersburgo se hubieran decidido a favor de la guerra. Suponía, sí, jugar con fuego y orillar el abismo en tanto –sin saber de qué trataba el documento– sermonearon a la cancillería vienesa diciéndole que no se le ocurriese tomar medidas drásticas en contra del gobierno de Pasic.

Ahora bien, si no acordaron la salida bélica en sus conciliábulos, los rusos el 24 no dejaron lugar a dudas de que su política era escalar el conflicto. Algo que en París se supo el día 25. Maurice Paléologue, en un cable secreto, reconoció cuanto Sazonov insistía en negar delante de sus pares de los imperios centrales: “Les préparatifs clandestines commenceront néanmois dès aujourd'hui” (Sin embargo, los preparativos clandestinos comenzarán hoy mismo). Otro tanto informaba, en ese mismo momento, el agregado militar francés, general Laguiche, a su estado mayor, en el sentido de que el movimiento de los ejércitos zaristas no se circunscribía a la frontera con Austria sino también se dirigía a la Prusia Oriental. Francia sabía lo que hasta ese entonces Inglaterra ignoraba por completo, creído como estaba Edward Grey de que en Rusia no había movilización alguna. Sazonov y, por similares razones, Poincaré, tenían claro que la única posibilidad de que la Gran Bretaña se sumase a ellos, en el supuesto de una guerra con los imperios centrales, era que ni París ni San Petersburgo fueran los agresores. Si el *Foreign Office* se hubiera enterado, por vía de Sir George Buchanan, cuanto Paléologue le había adelantado al *Quai D`Orsay*, seguramente otra hubiese sido su disposición para meterse de lleno en la contienda a punto de estallar.

Los Balcanes le importaban poco a Inglaterra que, en cambio, era el principal valedor de la *Sublime Puerta*. Rusia, pues,

nunca hubiera podido cuestionar el derecho turco al manejo de los dos estrechos claves del Mar Negro sin el visto bueno del *Foreign Office*. En este orden, había diferencias –salvables, por supuesto– entre el gobierno de Su Majestad británica y el del zar. En la medida que Inglaterra –ajena a cualquier alianza formal– desease mantener una buena vecindad con París y San Petersburgo, debía pensar dos veces antes de mover sus fichas. El Golfo Pérsico, Afganistán y la India resultaban para el Reino Unido, desde el punto de vista estratégico, objetivos irrenunciables. Unas relaciones armoniosas con la corte zarista eran, entonces, su consecuencia necesaria. Tal cual Sir Arthur Nicolson le adelantó al embajador, Sir William Goschen, en abril de 1912: resultaba mucho más desventajoso la enemistad de Francia y Rusia que la alemana. El papel de Gran Bretaña, entre el 28 de junio y el 4 de agosto de 1914, tuvo menos que ver, analizado desde este ángulo, con la violación de la neutralidad belga, que con la necesidad de conservar la *amistad* rusa y francesa.

La inteligencia de la Tercera República sabía que, si entraban en combate, los alemanes atacarían su territorio a través de Bélgica y Luxemburgo. El gabinete inglés tomó nota de la información y evaluó con exactitud que era probable que ese fuese el plan germano. En ningún momento el tema pareció ofender su sentido del honor y a ninguno de sus integrantes se le ocurrió pensar en una respuesta automática, de carácter bélico, si el Tratado de 1839 resultaba violado por Berlín. Lord George y Winston Churchill, diferentes en tantos aspectos, coincidieron sobre el particular en la reunión ministerial del 29 de julio.

No existían razones de peso definitivas que inclinaran a priori la balanza y determinasen de manera fatal que Gran Bretaña debiese pelear, codo a codo, con los países de la *Entente* ¿Por qué, entonces, tomó el rumbo que lo llevó, precisamente, donde querían Sazonov y Poincaré? En primera instancia, salta a la vista algo incomprensible, salvo que haya sido hecho a propósito: la ninguna

predisposición de Grey por informarse, con lujo de detalles, de cuanto estaba pasando en Viena, San Petersburgo y Berlín. Es verdad que Buchanan pareció un novato en la empresa de reportar la movilización rusa. Tanto confió Grey en sus informes que llegó al extremo de desestimar la queja del embajador alemán, expresada el 26 de julio, de que esos movimientos estaban en marcha. Más aún, también avaló la aseveración de Poincaré, del domingo 2 de agosto, según la cual Nicolás II había dado la orden luego de conocer la decisión de movilizar por parte de los austrohúngaros. Si Buchanan no terminaba de entender cuanto sucedía delante de sus narices, Poincaré lisa y llanamente faltaba a la verdad.

La decisión inglesa es la más difícil de descifrar porque hasta la reunión que el 1 de agosto mantuvieron Grey y Cambon, en Londres, parecía prevalecer la postura de la neutralidad. Terminada la entrevista y rechazado de plano el pedido hecho por el embajador francés de que las tropas de Su Majestad secundaran el esfuerzo bélico galo, Cambon salió del despacho murmurando, blanco como un fantasma: “Van a entregarnos. Van a entregarnos”. Asquith, por su parte, resumió así la reunión de gabinete llevada a cabo al día siguiente: 1) no existe obligación ninguna de prestarle ayuda militar o moral a Francia y a Rusia; 2) el envío de una fuerza expedicionaria en respaldo de Francia está, de momento, fuera de la cuestión; 3) de todos modos no hay que echar en saco roto la larga amistad con los galos; 4) la desaparición de Francia como gran potencia es contraria a los intereses británicos; 5) no podemos aceptar que Alemania utilice el Canal de la Mancha como una base de operaciones hostil y 6) tenemos obligaciones con Bélgica para prevenir que sea absorbida por Alemania¹¹. ¿Qué cambió entre el 1 y el 4? En parte la invasión alemana a Bélgica y, casi seguramente, una suerte de obligación moral con Francia producto del acuerdo de junio de 1914, que especificaba el compromiso británico de enviar seis divisiones al otro lado del

¹¹ Ponting, *op. cit.*, pág 275-276.

Canal, si Alemania violaba territorio belga en una guerra europea. También la convicción, común a casi todo el *Foreign Office* y el gabinete, expresada así por Buchanan a Nicholson, en abril de 1914: “Russia is rapidly becoming so powerful that we must retain her friendship at almost any cost. If she acquires the conviction that we are unreliable and useless as a friend, she may one day strike a bargain with Germany and resume her liberty of action on Turkey and Persia”. (Rusia se está volviendo rápidamente tan poderosa que debemos preservar su amistad a casi cualquier costo. Si se convence de que somos amigos poco confiables o inútiles, podría algún día llegar a un acuerdo con Alemania y reasumir su libertad de acción en Turquía y Persia.)¹²

Nunca las simpatías inglesas habían decantado a favor de Alemania. Grey hizo evidente su predisposición, favorable a sus futuros aliados, el lunes 27, cuando todavía blasonaba de neutral. El canciller británico, de manera amenazadora, le exigió a su par berlinés que mediase ante Viena. En ningún momento, inversamente, le pidió a París que hiciese otro tanto delante de San Petersburgo. Finalmente, a los motivos apuntados antes, en punto a la decisión final inglesa, es menester agregarle otro. Grey nunca hubiese podido vencer las resistencias neutralistas que anidaban en el gabinete, poderosas como eran, de no haber sido por el paso en falso que dieron el Kaiser, Bethmann y Moltke, fruto de la obediencia debida a los lineamientos del Plan de Schlieffen.

El hecho no deja de ser curioso porque ni Guillermo II ni tampoco su canciller habían imaginado o planeado una guerra preventiva ni antes ni después de Sarajevo. Habían respaldado a los austríacos en los inicios de la crisis y más tarde habían dado marcha atrás, sin éxito. Al final, cometieron un error imperdonable: declararon la guerra, echándose encima la responsabilidad de haberla iniciado –cuando, en realidad, habían sido los últimos en movili-

¹² The Sleepwalkers, *op. cit.* pág 546.

zar— violando la neutralidad belga. El único que pareció entender el trágico curso de acción tomado fue el almirante Tirpitz quien preguntó, sin obtener respuesta: “por qué la declaración de guerra a Rusia se había publicado antes de iniciar la movilización”, como tampoco entendía por qué se había procedido de la misma manera respecto de Francia. Con toda la culpa del lado alemán, las reservas de los neutralistas en el gabinete inglés se desvanecieron.

Es la guerra

En un contexto geopolítico y estratégico de esta naturaleza movilizarse suponía la guerra. La decisión austrohúngara de declarar abiertas las hostilidades contra Serbia, el 28 de julio, puso a Europa frente al hecho consumado de una contienda localizada aun cuando los cañones todavía no tronaran. No obstante, fue la medida tomada por los rusos, cuatro días antes, la que escaló cualitativamente el enfrentamiento y dejó al viejo continente al borde de la catástrofe que terminaría costando millones de muertos, seguida de la orden dada en la noche del 29. En esa oportunidad Nicolás II, aceptando la opinión de sus principales colaboradores civiles y jefes militares —Sazonov, Krivoshein, Rodzianko, Dobrovolskii, Sukhomlinov y Yanushkevitch— avaló la movilización general. Ninguno de los nombrados podía hacerse el desentendido en cuanto a las consecuencias que traería aparejadas. Es más, nadie en julio de 1914 hubiera podido aducir su ignorancia sobre el efecto que traería la movilización general de cualquiera de las grandes potencias involucradas. Antes del 29 todavía hubiera sido posible, más allá de las diferencias entre las partes, circunscribir la crisis a su inicial dimensión balcánica. El día 30 habría sido una ingenuidad siquiera pensarlo.

Llegados al 1 de agosto, Alemania y Rusia, como Austria-Hungría y Serbia estaban en guerra, en tanto los dos imperios que

habían acelerado las hostilidades –el zarista y el gobernado por Francisco José– no habían roto relaciones diplomáticas ni habían cruzado disparos en sus fronteras. Era cuestión de horas, por cómo estaban vertebradas las alianzas, que la Tercera República y Berlín siguiesen el camino bélico. Sobre la cuestión el *Quai D’Orsay* y la *Wilhemstrasse* tenían estrategias diplomáticas similares: no aparecer ante los ojos de Europa como el agresor. En esa disputa, tácita pero fundamental, triunfaron los franceses.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Santiago Kovadloff

En primer término mi gratitud por la intensidad y el compromiso con esa exposición. Me encantaría conocer la opinión del académico Massot en lo que hace a la relación entre lo casual y lo causal. Dijo él que cuando irrumpe lo impensable o imprevisible en la historia se produce una cierta ruptura de lo que la estructura parece prometer o lo que la estructura indicaría que podría suceder. Este mismo planteo lo encontramos en un filósofo conocido por todos nosotros, Alain Badiou, de orientación marxista, que sostiene que el acontecimiento es aquel hecho de la historia que desbarata la previsibilidad de lo que podría ocurrir y que debe ser tomado en cuenta. No se trataría entonces de un hecho fugaz, intranscendente, sino de un hecho que, no por impredecible, deja de ser decisivo.

Académico Vicente Massot

Que el conocimiento histórico se haya vinculado directamente al *porqué* de que, en tal momento, sucedieran tales hechos lo sabe cualquiera. También que, si el abordaje del pasado solo se

vinculase con las causas, resultaría incompleto. En este orden de cosas la explicación de por qué estalló la primera guerra mundial debe acompañarse con el análisis de *cómo* ocurrió. Las *causas* y la *secuencia de los acontecimientos* no son iguales en términos estrictos, pero representan las caras de una misma moneda. Si de causas se trata fuera menester desandar la historia hasta, por lo menos, medio siglo antes o más para explicar el asesinato en Sarajevo. En cambio, clavar los puntales de la crítica en el *cómo* supone un abordaje al tema desde un ángulo diferente. En uno u otro caso, a veces con plena conciencia y otras de manera inadvertida, el historiador asume el papel de Héleno, aquel personaje de la Ilíada, hijo de Príamo y de Hécuba, cuya característica excluyente residía en sus facultades de predecir no el futuro, como Casandra, sino el pasado. Procesar hacia atrás los hechos históricos con el propósito de hallar las causas de determinado fenómeno político, proceso revolucionario, quiebre social, renacimiento religioso o estallido bélico, sólo se entiende a condición de evitar dos riesgos: no quedar enredados en la tela de araña de conceptos preestablecidos o de teorías que poco lugar le dejan a la casualidad o a la contingencia y reconocer que, a veces, los *porqué* aún, si existen, resultan imposibles de detectar. A su vez explicar el atentado que le costó la vida al archiduque Francisco Fernando con arreglo a una descripción pormenorizada del hecho en sí, dándole prioridad en el orden analítico a *cómo* prosperó el complot y *cómo* unos pasos siguieron a otros, no quiere decir que los hechos reseñados fatalmente debieron desarrollarse de esa manera. Apuntar al *cómo* lleva implícita a la obligación de no atar el relato a una cadena de decisiones personales o de fuerzas estructurales capaces de explicar la o las razones en virtud de las cuales Austria obró *necesariamente* de tal forma y Serbia de tal otra.

Académico Héctor Aguer

Soy un ignorante en la materia que ha expuesto magníficamente el académico Massot, pero advierto que el académico Kovadloff estaba apuntando con su intervención a algo, en cierto modo superior: un planteo de tipo metafísico en todo caso, que tiene que ver con la relación entre *casual* y *causal*. Creo también que la observación apunta a una cuestión teológica, si se me permite la incursión en ese campo que sí es el mío. Me atrevo a decir que todo lo casual tiene una causa; por eso me refiero al orden metafísico, y con mayor razón al teológico, en lo que nosotros en la teología católica, y asimismo en otras teologías, llamamos la Providencia. Se trata de una realidad muy misteriosa porque la providencia no interviene de una manera inmediata, sino mediata es decir, a través de mediaciones que desde el punto de vista humano son inabarcables. Por eso he calificado de misteriosa la acción de la Providencia divina. Pero insistiría sobre todo, en que detrás de la casualidad siempre hay una causalidad. Una causalidad en el orden de los instrumentos humanos y luego una referencia misteriosa acerca del querer providencial de Dios. Perdón por invadir con estas cuestiones teológicas; me inspiró el académico Kovadloff que, según pude entender, apuntaba a algo superior a la mera descripción histórica o la investigación acerca de los vínculos entre lo casual y lo causal.

Académico Gregorio Badeni

Felicito muy especialmente al académico Massot por su comunicación tan detallada y quiero solamente añadir dos o tres elementos. Creo que el académico Massot tiene mucha razón cuando dice que son muy difíciles de determinar cuáles fueron las causas o la causa que desencadenó la Gran Guerra. También tiene mucha razón en que Sarajevo fue un factor circunstancial, en definitiva al

archiduque no era una figura popular en Austria-Hungría y menos aún su esposa, ni siquiera el emperador Francisco José tenía simpatía por él. En cambio en 1897 cuando fue asesinada la emperatriz y se le atribuyó el crimen a un anarquista, que en realidad era un demente, se procuró políticamente darle mayor magnitud al hecho para desencadenar un enfrentamiento bélico que no se pudo concretar porque todavía no estaban dadas las condiciones para satisfacer ese anhelo militarista. También tiene mucha razón el académico Massot cuando dice que si queremos buscar las causas habría que ir unos cuantos años atrás. Tendríamos que remontarnos a 1866 con la guerra Austro-Prusiana, que en definitiva determinó que los pueblos germanos quedaran bajo el liderazgo de Prusia, excluyendo de ese rol a Austria. Toda Alemania quedó bajo el liderazgo de Prusia, que se acrecentó en 1870 con la guerra Franco-Prusiana que acarrió, simultáneamente, la pérdida de su carácter de potencia mundial del imperio Austrohúngaro. Hay dos elementos más que no fueron considerados que son el nacionalismo y el militarismo que tuvieron un gran desarrollo en ese momento en el pueblo germano, tanto en Alemania como en Austria. El militarismo se puede decir que fue uno de los factores que más permitió el desencadenamiento de la guerra, la destrucción de ese frágil equilibrio que existía entre los países europeos. Tengamos en cuenta que en 1914 Austria-Hungría ya había perdido el rol protagónico que pudo haber tenido a mediados del siglo XIX, y eso quedó muy claro bajo los ministerios de Eduard Taaffe cuya gestión concluyó en 1893 y del premier austríaco Casimiro Badeni. Ambos eran conscientes que la supervivencia del Imperio estaba condicionada al reconocimiento e integración de las nacionalidades mediante su participación en los comicios, en el parlamento y el ejercicio de funciones públicas. De esa manera se podía contrarrestar al partido austríaco alemán que propiciaba la unión de Austria con el Imperio Alemán y la conversión de los católicos austríacos al luteranismo. La idea era que la Confederación Austro-Húngara se transformara en una federación incluyendo a las regiones de Galitzia y Croacia –que ya disfrutaban de cierta autonomía–, así como de los checos y rutenos. Ambos compartían la

idea de que mientras no se concretara esa unión, Austria no estaba en condiciones de emprender una guerra. Así los decretos que asignaron carácter oficial al idioma checo en 1897 generaron fuertes enfrentamientos entre los jóvenes checos y el partido alemán que concluyeron con el éxito de este último y la dimisión de Badeni. El grave error de los militares austríacos fue el de no comprender esa realidad política y creer que Austria podía desencadenar una guerra satisfaciendo los anhelos del nacionalismo austro-alemán, aunque como bien lo decía el académico Massot, los períodos o la época no eran los más propicios para la conformación del ejército austríaco por las tareas rurales que desempeñaba gran parte de sus miembros de origen eslavo y húngaro. Pero ese afán de ir a la guerra quizás respondía al propósito nacionalista de restablecer la hegemonía en los pueblos alemanes que tuvo en su momento el imperio Austro-húngaro, especialmente los Habsburgo. Fue un gravísimo error que determinó en definitiva la necesidad, no solamente en un primer momento de contar con el apoyo del Imperio Alemán, sino también con el de las tropas alemanas en el frente italiano y en el ruso, que debían afrontar exclusivamente las tropas austríacas. Y si uno comprende el nacionalismo que se desarrollaba en Europa y el militarismo que acarreaba, podemos encontrar la razón de ser del estallido de 1914, porque a los pocos años se volvió a producir una guerra mundial por causas similares, mucho más terrible que la anterior que costó millones de vidas humanas, y quizás, a partir de entonces se impuso cierta cuota de equilibrio racional en la humanidad. Me agradaría conocer el punto de vista del señor académico sobre esos dos factores, básicamente el militarismo y el nacionalismo.

Académico Vicente Massot

Habría que hacer dos o tres precisiones al respecto. No me animaría –y lo digo sin ánimo de corregirlo– hablar de militarismo. Preferiría hablar de planes militares. En ningún caso, ni en Rusia, ni en Austria-Hungría, ni en Alemania, mucho menos en

Francia e Inglaterra –lo que se podría llamar el partido belicista– estaba conformado pura y exclusivamente por sectores militares. Conrad, el Jefe del Estado Mayor del Imperio Austrohúngaro, como Moltke, su similar alemán, tenían una cuota de poder que, frente a la de Francisco José y Guillermo II y la de sus respectivos cancilleres, si bien no era intrascendente, nunca resultó decisiva. Conrad era un belicista pero no lo eran en igual medida el canciller Berthold y el Emperador. También hay que entender que, en ninguno de los países beligerantes –contra lo que una crítica ligera le ha hecho creer a mucha gente–, ni en los autocráticos ni en los republicanos o monárquicos constitucionales, decidía una sola persona. Había una disputa por el *acceso al poderoso*, para ponerlo en términos de Carl Schmitt, por un lado. Por otro, los poderosos de ese momento, llámense Nicolas II, Guillermo II o Francisco José, no eran gobernantes de carácter totalitario o absolutista. Nicolas II no se parecía ni remotamente a Iván el terrible, ni Guillermo II a Adolf Hitler. Al final del día la palabra decisiva la tenía el káiser, el emperador o el zar, pero no podían hacer lo que querían. Y muchas veces se desentendían de los asuntos dejando que ganasen influencia y poder distintas camarillas. Por eso creo que la gran importancia de lo militar residió en los planes de los Estados Mayores y en las cláusulas gatillo de los tratados secretos de las dos grandes alianzas. Llegado el momento en que había que movilizar, primaba el factor militar porque esos planes no se podían modificar.

Respecto del nacionalismo, me parece que antes de 1914 era un factor importante y se hacía sentir, sobre todo, en el imperio Austrohúngaro. Pero no había asumido su mayoría de edad política, que la obtiene a partir de la idea-fuerza, echada a andar en Versalles, de la auto determinación de los pueblos o la libre determinación. Eso va a configurar un nuevo mapa de Europa en donde la incidencia del hecho nacional plantea lo que sería, andando el tiempo, la mayor fuerza política del siglo XX, superior ciertamente a la idea de la *clase*, que es la idea de la *Nación*.